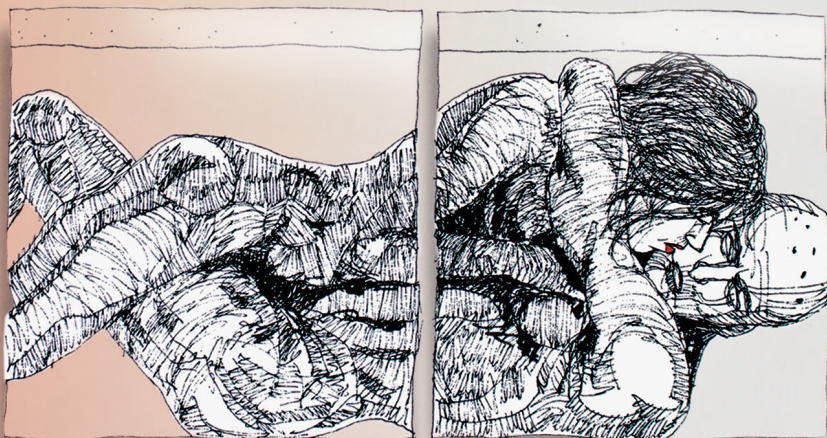


GERARDO
HORACIO

PORCAYO

EL
CUERPO
DEL DELIRIO



EL CUERPO DEL DELIRIO

¶ Una historia de búsquedas, no sólo de la física, sino de la identidad. La narración se construye a partir de fragmentos que, sin embargo, no se interpretan como un todo fragmentario. El aura de Einstein sobrevuela toda la narración, esbozando un clima científico.

Marcelo Luján, Argentina

¶ Con un buen manejo de las estrategias temporales de analepsis y prolepsis se rompe lo que podría haber sido el típico relato de pérdida y reconstrucción, de narración plana. Se descubre a un hombre aficionado a la ciencia, simbolizado por la figura de Einstein. Al mismo tiempo, con esta identificación del personaje, se plantea desde el principio la tensión sexual –que podría llamarse, si se quiere, amor– dentro de la trama general en una relación frustrada y el deseo de venganza por una muerte prematura.

Al rebuscar en el pasado de una mujer muerta, su pareja, encuentra claves de sí mismo. Esta exploración tiene cierto sabor de *road story*, aun cuando se ahorra la descripción exterior, dando más cabida a la introspección. Su fortaleza es que, a pesar de ello, no se renuncia a la acción.

Doménico Chiappe, Perú

¶ El libro tiene un hilo narrativo adecuado a su objetivo, se disfruta la lectura. Relatado en primera persona, lo que facilita adentrarse en su mundo literario. Tiene un vocabulario rico y amplio, pero no complicado. Mantiene un ligero tono poético en el que están presentes las emociones del personaje. En cuanto a su estructura, me parece original el recurso de dividirla en cuadernillos.

Pedro Enríquez, España



El cuerpo del delirio

Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", 2014-2015
Certificado ante el Notario Público núm. 116
Dr. en D. Isidro Muñoz Rivera

Comité organizador

Ivett Tinoco García
Rosario Rogel Salazar
Alicia Gutiérrez Romo

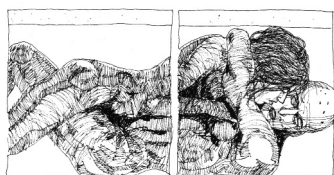
Para la presente emisión del certamen se contó con la participación de jurados calificadores internacionales, los escritores Marcelo Luján, de Argentina; Consuelo Triviño, de Colombia; Pedro Enríquez Martínez, de España; Doménico Chiappe, de Perú, y Rodolfo Santullo, de Uruguay.

PQ
7298.26
.0735
C83
2015

Porcayo, Gerardo Horacio 1966-
El cuerpo del delirio / Gerardo Horacio Porcayo.--[1ª ed.--
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado
de México, 2015.]
[148 p. ; 23 cm.] --(Colección Premio Internacional de
Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-619-5

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.



El cuerpo del delirio



Gerardo Horacio Porcayo



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2015, Año del Bicentenario Luctuoso de José María Morelos y Pavón”

Primera edición, agosto 2015

El cuerpo del delirio

Gerardo Horacio Porcayo Villalobos

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Porcayo, Gerardo Horacio (2015), *El cuerpo del delirio*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-619-5.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Ma. del Socorro Zepeda Montes. Formación y diseño: Mayra Flores Mercado. Diseño de portada: Concepción Contreras Martínez. Asesoría creativa: Pablo Mitlanian. Servicios de catalogación: Marciano Díaz Fierro. Asesoría legal: Shamara de León García. Imagen de portada: *Sin título*, Eduardo Bernal.

ISBN: 978-607-422-619-5

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO salvaguarda la producción, reproducción y divulgación del conocimiento y del arte. Por ello impulsa las creaciones de literatos contemporáneos e incentiva sus esfuerzos para fomentar el crecimiento cultural en nuestra sociedad.

La importancia de la obra narrativa aquí reunida en el marco de la decimosegunda emisión del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, refleja diversas formas expresivas de los autores narrativos contemporáneos al manifestar cambios y necesidades propios de nuestra sociedad, que se observan en las historias que superan el trasfondo de nuestra imaginación, guiadas por las palabras de sus autores y realizadas bajo el sello editorial de nuestra Alma Mater.

Por ello, nos complace editar la obra literaria de los escritores mexicanos elegidos por un jurado internacional. Primer lugar: *Archipiélagos*, de Alma Rosa Mancilla Sánchez, y dos menciones: *Hadas en Chapultepec*, de Medardo Landon Maza Dueñas, y *El cuerpo del delirio*, de Gerardo Horacio Porcayo Villalobos. ¡Nuestras felicitaciones y reconocimiento a los ganadores!

En esta ocasión, el jurado estuvo integrado por reconocidos escritores: Marcelo Luján de Argentina, Pedro

Enríquez de España, Doménico Chiappe de Perú, Consuelo Triviño de Colombia y Rodolfo Santullo de Uruguay, quienes sostuvieron una reunión virtual para deliberar a partir de 91 trabajos provenientes de Alemania, Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, España, Estados Unidos, México, Puerto Rico y Venezuela.

Agradecemos a los participantes su creatividad, esfuerzo, disciplina y dedicación, así como su confianza al compartir sus obras literarias, que nos trasladan a horizontes y escenarios insospechados, para disfrute y reflexión de nuestros lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO
DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA
Rector

PRÓLOGO

ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA, UN PRÓLOGO QUE EN VERDAD DEBERÍA SER EPÍLOGO (LÉALO BAJO SU PROPIO RIESGO)

¶ ¿QUÉ ENTENDEMOS POR DELIRIO? Muchas veces pasa por delirio la conjunción de imágenes deformadas, febriles, que colman la mente ante sucesos que nos desbordan, nos desconciertan. Una suerte de bruma gris, vaporosa, donde los límites de lo real y lo ficticio se difuminan y uno, cual viajero que queda a mitad del camino en un páramo cargado de niebla, no logra adivinar por dónde debe ir para llegar a su destino.

Esta sensación, que tantas veces vivimos en carne propia, ya sea cotidianamente en el mundo de los sueños e incluso en contadas ocasiones en nuestro día a día, no es sencilla de transpolar al mundo narrativo. Convengamos que presentar el delirio, así, como concepto firme y reconocible, no es fácil. Lograr recrear la psiquis de un personaje en pleno proceso de delirio —y hacerlo convincentemente— no es tarea para cualquiera. De hecho, proponerse hacerlo es una apuesta importante. ¿Cuánto del resultado de nuestro relato va a depender de la convincente traslación del efecto? ¿Cuánto riesgo podemos correr en proponer este mecanismo?

Pero Gerardo Porcayo Villalobos es valiente. No hay otra forma de definirlo. Es valiente porque acepta su propia apuesta y propone una novela cargada de delirio. Un delirio que es a cada paso, a cada línea —a cada fragmento de cuadernillo encontrado— convincente, creíble, pero además —y esto sin duda es lo más importante y meritorio— perfectamente transmitido.

Como lectores vamos viviendo el delirio de los días y las noches del personaje protagonista —narrador en primera persona y dueño de una voz propia (otro gran mérito de Porcayo Villalobos)— a medida que éste trata de reconstruir los sucesos que causaron nada menos que el caos, la entropía y el mismísimo delirio en el que ahora se desenvuelve. Son varios los pasos que el escritor realiza para que el relato, la reconstrucción de los hechos, alcance las cotas de calidad que tiene.

El primer paso: la estructura. Como si de un curioso símil de película de *found footage* se tratara, los archivos del narrador y protagonista son encontrados por alguien (la ley de un país extranjero, aparentemente) y puestos a disposición del lector. Pero dichos archivos están desordenados, los papeles mezclados y a la usanza de *Rayuela* de Cortázar el orden de lectura puede ser éste que se propone u otro, quién sabe. Esto genera continuamente la sensación de extrañeza, de duda, de creer entender cómo van evolucionando los sucesos, sin jamás tener la certeza de que así sea.

Esto, si me permiten la digresión, es otra muestra del valor de Porcayo Villalobos como escritor: no subestima a su lector. Por el contrario, apuesta a un lector participativo que aportará de su lado lo necesario para poder armar la historia, un lector tan valiente como el mismo escritor que le propone el juego. ¡Bravo por eso!

Un segundo paso es un imaginativo uso de los géneros. A priori y de la mano de elementos tan reconocibles como son una muerte misteriosa, un detective privado y una investigación, podemos entender que nos encontramos ante una (atípica) novela policial, pero pronto Porcayo Villalobos nos desengaña. Hay también elementos de la novela romántica, con un amor condenado a la tragedia, y cuando menos lo esperamos, un giro hacia lo sobrenatural. Hay, por tanto, una amalgama de propuestas. Una vez más, hay riesgo. Hay trascendencia de los mismos géneros en una historia que utiliza lo mejor de ellos y que a su vez no se queda en ellos. Hay una historia mayor, de peso, que avanza más allá del género al que esté inscrita y que sin importar las posibles referencias, terminará a su ritmo y aire, como corresponde.

Un último paso, y sin duda el más importante, en esta construcción de *El cuerpo del delirio*, es el talento. El talento de Gerardo Porcayo Villalobos como escritor. Un autor maduro, un escritor con voz propia, con ritmo y estilo, un autor con todas las letras. Alguien capaz de proponerse tantos riesgos en una novela y salir bien librado, alguien capaz de aportar un relato tan complejo y al mismo tiempo prístino y asequible, alguien capaz de invitarnos a caminar por el delirio, entre el sueño y la vigilia.

Rodolfo Santullo
Escritor uruguayo

La realidad procede por hechos, no por razonamientos

JORGE LUIS BORGES

INFORME DE EVIDENCIAS

¶ DURANTE EL PROCESO DE AVERIGUAMIENTO y deportación, a la par que una copia del contrato que lo habilitaba como detective privado, así como del acta constitutiva de su agencia y del informe que preparara para su contratante, se presentaron tres cuadernillos de una octava, de 50 páginas de raya, marca Estrella, escritos con letra irregular de molde de amplio trazo, sin fecha en las entradas ni folios distinguibles. Los cuadernos están numerados con marcador permanente en la sobrecubierta. Los guarismos reproducen la caligrafía interna. Queda asentado que, en todos los casos, cada uno de los volúmenes estaba desempastado. Las entradas, por ende, no siguen una pauta cronológica; se presume un accidente como origen del desacomodo y es conjeturable la transferencia de hojas de un compendio a otro. El conjunto estaba sostenido por un par de ligas y, rematado con un naipe ilustrado con un esqueleto humano amarillento, en dibujo simple, sosteniendo con la izquierda una guadaña; iconografía propia de la lotería mexicana, con el nombre: La muerte.

Este conjunto de manuscritos fue presentado a manera de testimonio de lo “lícito” de las actividades detectivescas del sujeto ya procesado y deportado, pues supone un diario de huida que justifica la ruta y “quehaceres” del “detective”.

Las copias que se presentan a continuación reproducen de manera fiel el orden y contenido de tal diario. Se anexa, en un sobre, medio centenar de fotos digitales en soporte flashdrive USB, tomadas por el detective.

CUADERNILLO 1



¶ DE LAURA SUBSISTEN FRAGMENTOS DE NARRACIONES sobre su último sueño recurrente; pedazos de recuerdos donde la fantasía alcohólica, el olvido y el deseo se conjugan. Su arete en mi lóbulo izquierdo, unas pocas fotografías en mi celular.

Queda la imagen de su cuerpo desnudo, en los distintos periodos de nuestro noviazgo. La sensación palpitante, adormecida de mis labios tras besar los suyos. La quimera de volver a saborearlos. Queda el sentimiento de furia e impotencia, ante su absurdo, innegable funeral y entierro. Queda más. Mucho más.

Olvidar un amor no es como sacar una película del DVD. En lo absoluto. Las imágenes, las añoranzas, todo se transforma en una masa indistinta, tenaz, que se queda ahí, en tu mente, en tu organismo entero, como aquellos virus primitivos de computadora con un gráfico en salto de un extremo a otro de la pantalla. Una pelota, una carita feliz, en perenne voltereta. De aquí para allá, sin término.

Y entre tanto rebote, descubro que todo, cada mínimo detalle, es parte de algo mayor, piezas de un cuadro roto, de un rompecabezas que debo terminar de armar.

¶ MIRO AL ESPEJO RETROVISOR, busco indicios en la carretera. No encuentro autos, signos de acoso.

Sólo a ella. A su resto, su suerte de fantasma.

Se mueve apenas, en el asiento trasero. Sin propósito alguno, como si sólo le quedara el encono; como títere con un niño en control de los hilos, como si tuviera Parkinson. Se mueve.

* * *

La ventisca, el polvo, los trajes de negro. Las lágrimas en los ojos. Las palabras de aliento... Los mismos diálogos típicos donde se ponderan las cualidades de quien ya no está más.

Mi vista sólo puede perseguir el descenso del ataúd que, de acuerdo con sus instrucciones, repartidas entre selectos amigos, debió ser de madera y, a los rayos de este atardecer, muestra su naturaleza errada y metálica.

Todo aquí parece una equivocación.

Mis pupilas se fijan a los tubos corrugados, agarraderas cromadas en un féretro gris acero, en su longitud y brillo. Y es quizá de ellos, de donde la idea empieza a surgir...

Su madre, en ese momento, pierde la corrección, los modales. Gime. Quiere arrojar, llenar de caricias la ventana abierta a ese rostro de apariencia tranquila, de abultados párpados que velan la profundidad y el color de sus iris.

Sé que no lo hacen por sadismo sino por costumbre... El sepulturero al fin entiende el conflicto y cierra esa última mitad de la tapa, la última escotilla a su figura.

Después viene el descenso, el primer puño de tierra. Las paladas... Y aunque esa boca de tierra no prefigure ningún cañón, en las lentas nubes de polvo que surgen de ahí descubro el olor de la pólvora. El camino que se abre ante mí.

* * *

De Einstein no sé demasiadas cosas. $E=mc^2$. Fórmula que comprende parte de la vida, su esencia. Quizá le interesaba demasiado la vida... No sé. Lo que sí concibo y comparto son sus metáforas.

“Dios no juega a los dados con el universo”, dijo. Y estando aquí, en la barra, con una copa de whisky en la mano, con el entorno que no deja de molestar. Con el constante estamparse del cubilete en la mesa de lámina. Con sus borrachos tan sucios como el suelo y el baño, creo saber de dónde Einstein sacaba sus comparativos.

La vida es como una cantina. No hay más.

* * *

Las tumbas. Los dolientes. El mismo tono de la tarde. Todo significaba más.

Desde niño me lo contaron: varias fórmulas hechiceras llevan tierra de cementerio como principal ingrediente. También que esa era la última morada, el momento del adiós, de la paz, la despedida en el camposanto... Y sin embargo...

Todo, absurda, retorcida y lógicamente, me lleva a la intranquilidad, a la búsqueda de la venganza. Todo y nada.

Porque sólo hay esta sensación de zozobra, esta sospecha de engaño. Todo y nada. Brujería dice una parte de mi mente. Un brujo, una bruja como posible blanco. O su contratante. Quizás ambos. En síntesis: furia loca, sin blanco fijo, o tan siquiera creíble.

* * *

Hay nociones que das por sentadas, que aceptas de manera automática.

Cuando todo marcha por el camino típico, por la senda clásica, no hay preguntas, sólo devenires. Uno tiende a pensar en el mundo como en una pintura. Fija, inalterable. Cuando nos descubrimos inmersos en una película, cuando el paisaje típico adquiere movilidad, las cosas se mezclan, pierden piso, sustento y todo se viene abajo.

* * *

El modelo lo eligió Laura, sin saberlo. Habíamos vagado por toda la plaza, un par de meses atrás, sin rumbo. Nos detuvimos frente a un aparador de chucherías. Y allí vio la textura pavonada de los dobles cañones, su curva añeja, bucanera; la falsa madera de las cachas. *Blam*, dijo, traduciendo el estallido que hacía en su mente.

No me besó. La calidez de su palma, en la mía, bastaba para comunicarme todo.

* * *

Sólo una vez vi su diario. Una libreta a rayas, de pasta dura, forrada con un *collage* de recortes de revistas. Al centro estaba

el Cadillac viejo, de los sesenta, dibujado como parte de una postal nostálgica de un tiempo, un país que no vivimos.

“¿Cuánto darías por leerlo?”, me retó con una sonrisa.

Si todo volviera a ocurrir, si pudiera volver a ese instante, le ofrecería cada cosa, cada mínimo secreto, cada centavo de mi cuenta a cambio de la lectura, la secreta guarida de ese y sus otros tomos.

“Es parte de un deseo”, me explicó, “cuando acabemos la licenciatura, si todavía quieres quedarte conmigo, de luna de miel no me lleves a grandes hoteles. Sólo dame un viaje largo, en un coche como ese; hasta el pueblo más al norte. Quiero acampar cada noche, en un lugar diferente. Quiero, al final, mirar la luna, acostada en una colchoneta, a tu lado, desnuda, muerta de frío, de preferencia entre la nieve. Mirarla ahí, en medio de una aurora boreal”.

Ella entendió mi silencio. Al menos, eso quiero creer.

* * *

Joaquín fue el primero en descubrir el problema. El primero en articularlo en palabras, en darle una textura y matiz que normalmente Laura no proyectaba.

La cosa pasó como simple accidente. La cafetería de costumbre, las cervezas que alentaban la plática. El encendedor mal regulado. La flama chamuscando algunos de sus cabellos. El aroma nos alcanzó a todos. Pero a ninguno con tantos significados como a Joaquín.

“Eso huele a trabajo negro, a magia, pues”, dijo.

De todos era conocida la reciente cronicidad en los malestares de Laura. No la evolución ni su origen. Y el que Joaquín planteó en aquel momento, nos pareció descabellado. Irreal. Insulso...

La historia demostraría que Laura no lo tomó con tanta levedad... Ni el destino...

De Dios, nada sé decir.

* * *

Hubo dos personas que lloraron en exceso durante el funeral. La primera fue la madre de Laura. La segunda, Felicia.

En su madre no era extraño. Presidió la ceremonia como si nadie más tuviera derecho a sentirla. A ninguno dedicaba miradas de odio, reproche o piedad. La historia hubiera sido distinta, si Laura hubiera muerto en mis brazos. Fue en los de ella, en el lapso de una noche. Y contaba, a quien estuviera dispuesto a escucharla, que la pesadilla más recurrente contenía un muñeco rojo, fabricado con un paliacate... No supo decir mucho más. Al parecer, el muñeco era lo único que conseguía salir de Laura, en pleno delirio.

El llanto de Felicia era de otro tipo. Miraba la tumba, luego a la madre. Y, durante un buen rato, no apartaba los ojos húmedos de mí.

Me hubiera gustado conocer esas pesadillas finales, de primera mano, desde sus labios, no de la forma en que vengo, ahora, recuperándolas, siempre de terceros, siempre como recuerdos vagos que me empeño en reconstruir y entender desde su forma de ser.

* * *

De vez en vez, el mundo se fragmenta, se te rompe, se te cae a pedazos.

El mío estalló con el entierro de Laura. De manera amplia, plena.

Los psicólogos tienen la encomienda de ayudarte a juntar los fragmentos, para hacerte uno, de nueva cuenta. En la universidad, maestros y amigos fue lo primero que me sugirieron: acudir a uno, permitirme completar el duelo bajo pertinente asesoría.

Asistí a una sola consulta y, en todo el rato, no dejé de pensar en Einstein. En su sentido de culpa, tras los eventos de Hiroshima, de Nagasaki. Lo imaginé en la puerta de la clínica, sin decidirse a traspasar su umbral. Sin acceder, en último término. Einstein es un peso pesado. Su psicoanálisis sería relato paradigmático, consulta y caso ejemplar. Su historial clínico llenaría cientos, miles de ejemplares. Tanto o más que si existiera un compendio terapéutico de Hitler. Pero, he de insistir, de Einstein, en realidad, sólo conozco una cosa: $E=mc^2$. Nada más. De Hitler, aún menos. Y no viene a cuento.

Por eso no volví a ese consultorio. Por eso, quizá, terminé armando el rompecabezas de mi vida. El de Laura.

Yo no quería explorar mi pérdida. Sólo me obsesionaba vengarla. Aunque tuviera tan poco a la mano para justificarlo, para conseguirlo.

* * *

Poco a poco me he ido acostumbrando a estos recorridos, a estos oscuros callejones; al completo ambiente respirable al borde de la ciudad. Lo más atractivo son los faroles rotos. El único ruido constante, el de los niños jugando fútbol.

Antes, estos deambulares eran parte de la aventura. Del explorar lo desconocido. Desde que compré la pistola, esto parece ser la única realidad. También compré un guantelete extraño para mi mano izquierda. Los estoperoles sólo ocultan las armas que lleva integradas. El viejo boxer, las navajas,

presta a saltar con presionar un simple botón, situado cerca de la palma.

Con Laura rara vez me aventuré por estos sitios. Y son los correctos. Lo sé. En una cantina, como las contenidas en este vecindario, me confesó sus miedos. Parte de la obsesión que iniciara Joaquín con sus palabras. Me contó un fragmento de la historia. De la oculta. De la no compartida. La teoría del origen. Mencionó una amenaza anónima, como la mejor pista.

Su madre completó el resto de esa historia. A regañadientes, con excesivas lagunas. Sus ojos otra vez duros, críticos al verme. Las lágrimas imparables, como los sollozos, mientras lo iba recuperando todo y esbozaba la primera teoría de un ex novio... Como si a nadie se le hubiera ocurrido en primera instancia. Correlacionar el anónimo, quiero decir...

No salió a despedirme. Siguió mis pasos aún hundida en el sillón. No entiende, no sabe lo que estoy haciendo.

* * *

A veces miro de más en el retrovisor. Aspavientos de gigantes, ademanes teatrales que me hacen suspirar, tras ascender a Laura de fantasma a persona real en un solo atisbo por el rabillo del ojo.

Los órganos son míticos en ese sentido. Homúnculos vegetales en su pose de guardianes de carretera.

A veces soy consciente y quito la música de Laura del estéreo. Sólo en contadas ocasiones. En general, prefiero dejar al margen los CDs que le molestaban y elegir sólo aquellos que compartíamos. Sólo la música de nuestra historia simultánea.

A veces la pienso como si estuviera en coma y todo mi desempeño se reduce a seguir las mitologías de lo que ayuda al eventual despertar.

A veces no pienso en nada y todo es carretera. Kilómetros y más kilómetros de asfalto.

Cuando llega el agotamiento, la desesperanza es grande. Falta tanto para alcanzar las auroras boreales...

Tanto... y con Laura así.

* * *

En los mercados, en las plazas públicas, en pequeños locales puedes encontrar centros dedicados a esa sola actividad. También en el aviso oportuno, los consultorios y locales con ese giro son multitud.

Prefiero la calma de los colectivos. La rutina del paisaje ordinario. Hay gente que empieza a hablar al mínimo estímulo. Pareciera no existir familia alguna sin historias de magia y brujería.

Esfuerzos complejos, a veces es como revisar los apuntes de Einstein. Su lenguaje tan cifrado, tan lejano a mí, resulta hermético.

A veces me viene el deseo de haber preguntado más. Pero Laura tampoco sabía. La seguridad le nació de una zona oscura y velada. De una parte distinta a ella que Joaquín se encargara de alentar y ahora casi no recuerda...

Platicar la tarde de ayer con él, de forma amplia, consistente, me puso en esta ruta. Una que me alienta, me hace hervir otra vez la sangre.

* * *

Cuando armo la tienda, a pocos metros de la carretera, vuelvo a pensar en Felicia. Si estuviera aquí, su empeño pondría un orden, un símil de sistema, de metodología, de normalidad.

A cambio tengo esta inquietud. Este vacío. Este silencio que desespera.

Limpio bien la zona, la rocío con diesel para ahuyentar todo insecto. De vez en vez le arrojé un cerillo, cuando el follaje es nulo o escaso. Miro cómo arde, cómo se desprende el fuego del suelo mismo. Me pierdo en las evoluciones de las llamas. Luego esparzo agua y monto el campamento.

Esas noches dormimos con menos frío. Menos, pero lo bastante mordiente.

No como cuando Felicia seguía aquí, junto a nosotros.

* * *

La obsesión creció con los desencuentros, pero no supe los pormenores, hasta mucho después: la curandera de Joaquín, enferma; las ancianas que saben leer el huevo, mostrándose miopes ante el futuro de Laura, no ante su pasado.

No sé por qué ocultaron esa parte. Ella y Joaquín.

La inquietud empeoró tras el inicio de los sueños. Y, precisamente esos, quizá, fueron el vector de su seguridad. Los contó pocas veces, cuando el alcohol ya había vencido las barreras. Cuando mi mente ya no estaba tan clara. Cuando no pueden enraizar los recuerdos.

* * *

Al reconstruir algo a partir de los fragmentos producto de un siniestro, jamás consigues duplicar su original arquitectura o apariencia.

La resultante es un híbrido de dolores, desencantos y viejas pasiones. Un *collage*, más que un rompecabezas de piezas exactas, premeditadamente recortadas.

Cuando te estalla el mundo, siempre hay pérdidas, trozos pulverizados, irrecuperables y tu panorámica va estrechándose, si te atienes sólo a los restos para el rearmado. En caso contrario, incorporas otras materias, por lo general adyacentes al lugar, al tiempo del aciago, para llenar los huecos de lo extinguido.

Así me pasó a mí. Así le pasa a mucha gente.

Quizá por ello el mundo de los adultos es tan diferente del infantil o del adolescente. Y peor aún, en contraste con el de los ancianos.

Cada evento funesto nos hace reconfigurar nuestro mundo; por eso hay tantos desacuerdos.

Hoy lo entiendo. Sólo hoy, cuando ya todo ha pasado.

* * *

Felicia recordaba otros datos. Su mano jamás dejó de acariciar la mía. O el brazo. O el hombro. O la espalda. Su voz tenue, temerosa y frágil, no sólo por el tema tratado; también por lo nebuloso de su memoria.

Permanecimos en su sala, con el rumor de sus padres moviéndose en el piso superior, deteniendo sus pasos, de cuando en cuando, al borde de la escalera, pendientes de nuestros acercamientos.

Felicia me ofreció café con sonrisas rotas.

“No deberías hacerte esto”, dijo, “lo que no fue en tu año, no fue en tu daño”.

Bebí la taza con lentitud, sin despegar mis pupilas de las suyas.

“No es eso”, le aseguré, “no es masoquismo. Sólo quiero entender”.

Fue al clóset de blancos. Sacó una caja de zapatos que contenía su vida. Imágenes de la secundaria. De prepa. De

fiestas y graduaciones. Me mostró dos o tres personas. Me contó dos o tres cosas algo emparentadas. No pudo encontrar el rostro que yo buscaba. O mejor dicho, sólo me mostró fragmentos lejanos, perfiles borrosos y accidentales del posible escritor del anónimo.

Me fui cuando averigüé que, entre tantas historias y fotos, sólo quería echarme en cara su soledad.

* * *

La carretera es tan amplia como el mundo. Mínimo tan larga.

En secreto, siempre soñé con recorrerla. Era un sueño descabellado que desatendía las máximas de la supervivencia. Que dejaba atrás las tradiciones familiares. Mis supuestos deberes.

Cuando niño, miraba series de dibujos animados sobre competencias, rallies mundiales. Hoy existe un reality show que explota ese deseo común, ese inconsciente colectivo. Los productores del programa llevan a parejas, a equipos de dos, en un total de once, alrededor del mundo, en un duelo de habilidades físicas y de búsqueda bastante interesante.

Si Laura fuera más que un fantasma... Si Laura pudiera opinar, creo que ya estaríamos allí, forzando los límites de la competitividad.

Pero su sueño era éste. Y no me quejo. No de la carretera. No de sus paisajes.

Mi queja sólo está referida a Laura. Sólo a su estado. A nada más.

* * *

El mundo racional sienta sus bases, su modelo estático en cierto número de teorías que pretenden explicar su funcionamiento.

Cuando el mundo te estalla en las manos, ese modelo estático suele ser el primero en desaparecer, en fragmentarse hasta la inoperatividad.

Reconstruirte implica modificaciones a las teorías que aceptabas hasta el instante previo a la debacle.

Estas modificaciones pueden ser drásticas o parciales. Las mías caben en el rubro de mera enmienda, del cambio de columnas de soporte. Si estudiara física, alguna carrera emparentada con las ciencias exactas, quizá mi única vía de salida sería el suicidio.

Lo supersticioso, lo místico, sin embargo, siempre formó parte de mi fundamento existencial. Las dosis y los porcentajes constituyen las variables en cambio.

Hoy estoy dispuesto a aceptar aquello situado en el rubro de lo dudoso, lo no práctico.

Y es así porque me conviene. Aunque sólo ayude a la venganza.

* * *

La mujer vuelve a acercarme la veladora. También sus ojos. Los abre aun más. Repasa las configuraciones, ese caos de líneas que porta mi palma.

El lugar es pobre, un cuartito pequeño con una mesita de madera y un mantel de restaurante barato. Bajo nuestros dorsos hay una carpetita de franela roja. Múltiples cuadros de santos adornan el altar, a un costado, recargado contra la pared.

La mujer empieza a hablar de mi futuro, sin dejar de espíarme el entrecejo. Luego se va al pasado. Se va al amor.

Al éxito. Me habla de hijos, pero, también, de la inexactitud de esa lectura en un hombre, no en el género femenino.

Vuelvo a mirar el entorno. Las paredes escarapeladas, la pintura de aceite que busca combatir la humedad.

Me habla de más sesiones para profundizar en mis problemas, para acabar con mis “trabajos negros”. En ningún momento ha mencionado a Laura. O algo vinculado a ella.

Le quito mi mano. Afuera hay más. Mucho más que aquí.

* * *

Es muy fácil perder los recuerdos. Por eso hay quienes intercambian cartas. Quienes firman papeles, realizan festejos abiertos a la sociedad, en la nave de alguna iglesia, en ceremonias religiosas de gran y aceptado prestigio.

El ritual de Laura fue diferente. Llegó con dos arracadas. Abrió los orificios. En su oreja, en la mía. Las colocó sin decir palabra. No hacía falta más.

* * *

La despedida de Laura también debió entrar en la categoría de lo inusual.

Ella sabía de las limitantes. Su ideal ceremonia fúnebre fue planeada para el tiempo de la vejez, para la mejor de las situaciones económicas: su cuerpo cremado, contenido en una réplica de vasija egipcia, artificialmente añejada. Todo destinado a depositarse en un resquicio poco visible de la gran pirámide. No del santo sepulcro ni de ningún otro lugar histórico o místico.

Ahí. Sólo ahí, como si el simple acomodo pudiera abolir los rituales de embalsamamiento, las coberturas de momia

con su entero ceremonial. Como si en esa sola estrategia pudiera aspirar a alcanzar la clase de cielo soñada por aquella cultura.

Laura era así. Quizá por ello estaba conmigo.

Tal vez por eso la extraño tanto, a pesar de tenerla aquí.

Al final, cuando ya presentía su cercano entierro, les habló a otros del ataúd de madera. A mí sólo me besaba y abría los ojos grandes, como tratando de capturarme entero.

* * *

Las sillas incómodas. Las plásticas carentes de lógica. Afortunadamente no hay fútbol en la tele. Tampoco dinero para contratar al guitarrista que ofrece la cadencia del fracaso.

La misma cantina. El mismo *Jack Daniel's* en un vaso parecido. La misma mesa y ni una muesca para encontrar lo indispensable. Esa clave que explique su tumba.

Los comensales ríen, amplían, tergiversan historias para captar el interés de sus acompañantes. Piden nuevas rondas y gastan el tiempo como si nada urgente hubiera por hacer. Como si todo se redujera a ese intercambio de posturas y pretensiones, de exageradas hazañas.

Así solía manejarme yo. Y lo añoro un tanto.

Lo que pasó con Laura ha supuesto el minucioso rearmado de todas mis categorías.

No puedo decir que me repugne esta estadía, el paso por este local. De hecho me gusta. Sólo que es diferente.

A las calles de allá afuera también les falta un toque de hastío, de amenaza.

Son más comunes de como las recordaba. Más cercanas. Menos alcohólicas el día de hoy.

* * *

Joaquín recuperó el oficio. También sus piernas musculosas, la mochila al hombro, los tenis de tacos. Una cara cubierta por vellos. Nada más. Silvia, un rostro “demasiado común”. Su molestia ante “tamaña bestialidad de Laura” en sus relaciones amorosas tempranas.

Estábamos en nuestra vieja mesa de la cafetería-bar, próxima a la escuela. Esa que compartiéramos tantas veces. Esa, a cuya sombra, frente a esos dos testigos, nos diéramos el primer beso. Laura y yo, por supuesto.

Los mismos posters de bodegones, mal impresos y encapsulados en poliéster, colgados en las paredes. Las mismas manchas en el papel tapiz.

Todo igual. Nada igual.

Ambos me pidieron que no me hiciera daño. Imaginaban un dedo, amplio, gordo, hundiéndose en una herida.

Quizá eso les ayuda a perder los recuerdos. A perder cualquier noción de culpabilidad.

* * *

De común, hoy en día, el pensamiento mágico suele catalogarse en el área de lo supersticioso, lo no meditado, lo irracional y, peor aún, lo bárbaro, lo primitivo. Lo no educado.

Yo solía respaldar ese discurso. Mi mundo estaba construido en torno a las premisas del conocimiento científico. Al menos de manera práctica, aunque poco consciente.

En el mismo momento en que Laura fue enterrada, la tumba de mi mente desempolvó viejas concepciones, relatos de mi abuela sobre aparecidos, brujerías y muchos otros

conceptos al filo de lo creíble. Con las confesiones de la madre de Laura sobre el muñeco rojo, todo comenzó a parecer más firme. A dar combustible a la idea de venganza.

Quise explicarme aquello con la estrategia simple de la psicología. No fue suficiente.

Busqué aportar pruebas a mi lado razonable. Revisé los estudios histológicos, los rayos X, las tomografías, electroencefalogramas, las reacciones febriles que practicaran a Laura durante el mes crucial. Incluso los análisis de último momento que pretendían hallar el origen de los súbitos dolores abdominales, los problemas respiratorios, el mismo edema pulmonar.

Lo otro predominó. Abolió argumentos freudianos con paso certero, firme. Los dictámenes médicos, confusos y desorientados, sólo ayudaron a consolidar mi conjetura.

Conforme pasan los días, esta teoría hechicera es más clara. Más nítida e irrefutable.

La venganza, por otro lado, está ya a flor de piel.

* * *

Las tardes en ese vecindario parecen siempre de domingo. El vacío, los pocos coches y transeúntes. Los comercios desolados.

Y las misceláneas son el punto idóneo de pesquisa. El refresco conveniente a este calor. La plática fácil, surgiendo de los dependientes, es una buena estrategia. Romper el hielo por los caminos de la magia, resulta fácil cuando escuchas lo que les urge contar.

Me han dado cinco direcciones. Las fachadas son simples, nada delata su contenido. Nada, las actividades que ahí se realizan. Nada para empezar su catálogo.

* * *

De mi niñez queda una imagen contundente vinculada a lo supersticioso. Una perteneciente a la cortinilla de una serie televisiva: una tumba viejo estilo, o estilo norteamericano, a flor de tierra, con una lápida de granito de letras desgastadas, ilegibles. Tras segundos de enfoque, el suelo convulsiona, se estremece y una mano cadavérica surge.

Ni siquiera recuerdo el nombre de ese serial de terror.

Sólo el estremecimiento, la zozobra de lo manejable.

No me ha tocado mirar nada semejante. Sólo sentirlo: la garra putrefacta de lo supersticioso emergiendo del sepulcro de mi mente, de entre toneladas de enseñanzas podridas que la sepultaban. Emergiendo así, de improviso, para apoderarse de mi cerebro y contagiarlo con todas sus ideas, todos sus discursos.

Hoy vivo en esta batalla campal.

Una que se recrudece más al pensar en ella. En su sepulcro, en esa tumba tan parecida a la del serial. Y trato de cerrar mi mente. De no imaginar la mano de Laura, desgarrada, purulenta, surgiendo de entre el montículo de tierra... Trato. Sólo trato...

* * *

Vuelvo a mirar los números telefónicos que Silvia me dictara.

En dos, las hijas se han casado y la actitud de los padres muestra un excesivo proteccionismo ante ese enlace.

Restan cuatro amigas más de Laura, del tiempo de la secundaria. No sé si quiero escuchar sus historias. Si estoy dispuesto a enfrentar el vacío, las versiones de lo pasado,

a escuchar lamentos o elogios a la amiga perfecta... Como si en verdad lo hubiera sido....

El resultado, además, podría ser otra cifra para digitar, con la persona equivocada al otro lado de la línea.

* * *

El barrio donde conseguí las armas era muy distinto. Los muchachos caminaban en grupos, te exploraban un momento para calcular tus bolsillos. Había grafitis, coches destartados y hechos óxido.

También ahí escaseaban los asfaltos. Pero no la ruina. En ningún momento me resultó sorprendente descubrir con mayor facilidad ese lugar, apenas intuido, que el otro, aún incierto, donde se esconde el secreto de la muerte de Laura.

El miedo no sé cómo evolucionará. El de las armas fue amplio, pero corto. El negocio, muy sencillo. Sin preguntas, con sólo regateos a manera de trámite.

Supongo que estoy más acostumbrado a este mundo. A este devenir actual.

Casi he agotado las casas de magia de este vecindario. Sólo casi.

* * *

Entre los muchos miedos que me siguen en esta carretera, destaca uno, por su asiduidad.

Poco a poco he descubierto el lenguaje de los autos, su desplazamiento, la forma en que establecen los retos. La paranoia persecutoria ya no es la vertiente principal del temor.

Ahora esa la constituye la posible muerte o descompostura extrema de este motor, del coche entero. Tal recelo, supongo,

tiene que ver más con el entorno geográfico que con la arquitectura misma de este falso Cadillac. O, mejor dicho, con lo que esta atmósfera extrema pueda ocasionarle.

Hace mucho que dejé atrás el Bajío y me acerco hacia los verdaderos desiertos.

Hace poco nos abandonó Felicia, justo en el cruce a San Luis Potosí. Y por un momento deseé que Laura reaccionara, saliera de su mutismo, de su movilidad Parkinson y clamara su regreso.

Nada. Polvo, viento, el inicio de los espejismos propios de estas tierras baldías y resacas.

Encendí el estéreo y busqué en el retrovisor. Felicia aún agitaba la mano, en interminable, poco segura despedida.

Quizá estoy siguiendo la peor ruta. Quizá.

Pero no existe otra. Ninguna optativa de menor riesgo. No con todo lo realizado. No con tanta sangre en mis manos.

* * *

La vida es un conjunto de historias. Nada más. Las memorias son un tapiz de retazos, de recuerdos, apenas zurcidos, hilvanados. Pedazos memorables de tu devenir, cuadros destacados que tratas de mantener en un orden cronológico, en el mejor de los casos, pero que siempre estarán ahí, resaltando según la emoción que te provocaron... Las historias de vida se basan en eso. También la identidad...

* * *

Flap. Una imagen en la mesa. Flap, flap. Dos más. Entonces aparece el ahorcado. Después viene la muerte y la adivinadora

me mira con ojos enormes, sin vínculo con mi interés. Es por el flujo de los naipes. Por lo que imagina percibir.

Flap. La figura no me dice nada. Las letras no agregan mucho: la templanza. Flap. La rueda de la fortuna. Su voz: “nunca vi un camino como este. Estás cerca”.

No más flaps. Mi vista en una carta. “Te la regalo”, me dice, entregándome el ícono número 13. “Su nombre es Basilia”, completa, sin preguntarme en ningún momento el motivo de mi consulta.

El lugar es modesto, casi humilde. La casa parece dedicada a las consultas y deja poco espacio para el confort o la privacidad, apenas dos puertas azules de madera, cerradas con candado. Casa de soltera, poco adornada, pese a que ella ronda los cuarenta.

Dejo los billetes. Me parecen un buen intercambio por esa estampa. Por ese esqueleto que recarga la barbilla en los dedos y parece reflexionar.

En la calle, los grillos se unen al lamento remoto de las patrullas. Vuelvo a repasar el emblema-cartel, instalado en la parte superior de la puerta: un ojo brotando de un triángulo. Como en los billetes de a dólar. Menos tridimensional.

Recuerdo una caricatura. Un animal rosa y mudo. Y a otro hombre, sin rasgos. O con los rasgos de todos.

* * *

Hay tradiciones para las rupturas. Las revistas juveniles, para chicas, aconsejan llevar ese evento a la vida material. Deshacerse de todo. Romper cartas, postales. Someter a la hoguera a los personajes de peluche. O entregarlos al cesto de la basura.

Quizá algo parecido hicieron todos. Incluso sus compañeros de aquella etapa de enseñanza secundaria.

Me niego a aceptar los hechos. Su simple desvanecimiento de mi vida.

Y sólo tengo un montón de olvidos y equívocos por toda guía. Descripciones en fragmentos. El recuerdo de un perfil apenas entrevisto en medio de la muchedumbre, en las afueras de un cine, años atrás. El dedo índice de Laura, sin parar de señalar lo elusivo. Semejantes instantáneas en las fotos que me mostrara Felicia...

Y la noción de un sueño, del sueño mortal de Laura, con imágenes inspiradas por sus palabras, mientras lo contaba y las cervezas se extinguían: la amenaza de un anónimo que el fuego consumiera. Uno que nadie recuerda ni en versión oral, mucho menos en escrita.

* * *

De la teoría a la práctica hay un salto de fe. Uno prodigioso.

Sumergidos en el mar de sobreinformación, solemos coquetear con mil y un conceptos, sin decidirnos.

Todo ocurre en el espacio virtual del pensamiento. Todos somos medio científicos, medio católicos, medio supersticiosos. Medio algo.

Definirse ideológicamente, hoy en día, no constituye una exigencia social. De hecho, de acuerdo con mi experiencia, una postura definida suele ser contraproducente. El mundo se ha ampliado. También, en apariencia, la tolerancia de éste. Hoy en día la ideología más constante, más consistente, parte del agnosticismo. Dudar es nuestra ventaja; comportarte de manera civilizada, la única exigencia.

Y esa, justo esa, es la frontera que problematiza mi devenir.

Volver a creer en los relatos de mi abuela, en sus múltiples leyendas y creencias, no supondría problema alguno si no tuviera a la venganza como meta.

Si en todo este reciente devenir no hubiera buscado un culpable tangible para el entierro de Laura.

Si la pistola, si el guante que cargo, no tuvieran como fin irremplazable la muerte.

* * *

El teléfono. Es Felicia quien me invita al cine, quien amplía la plática a partir de mis silencios. Describe la película, cita actores. Los usa como conectivo. Viaja a una escena compartida por los tres. A un pasado mejor.

Hace más evidentes las insinuaciones cuando percibe mi aparente desconcierto. Continúa, sin término. Sus palabras son suaves. Resultan más diestras que sus manos en mi cuerpo; esas que buscaran proporcionar consuelo o transmitir esa urgencia que la guiara, la sigue acercando a mí.

Las manecillas en el reloj son suficientes para la despedida. Aún me retiene. Su voz ansiosa, hueca en el auricular, parece advertirme de su esencia falaz.

Me equivoqué. En verdad ha recordado un rasgo. Uno solo. Pero basta.

Adiós, vuelvo a decir y no me gusta cómo suena esa sola palabra.

* * *

Ernesto Sabato escribió algo que explica bien mi encrucijada, mi devenir: “El detective que convierte una multitud de hechos

incoherentes en un riguroso esquema lógico-matemático, realiza el ideal leibniziano del conocimiento. Claro que faltaría saber si nuestro universo ha sido hecho por un autor con mentalidad parecida a la de Edgar Poe”.

Y esa era la pregunta básica: ¿el autor de este mundo tiene un pensamiento de este orden o su creatividad se acerca más al estilo dadaísta?

Puesto en disquisiciones tan extremas y atendiendo a la cosmogonía que parece dominar la escena, la pregunta puede ser más simple: ¿este universo fue creado por un solo dios o por una multitud de éstos?

La esquizofrenia reinante me hace pensar en Dios en el manicomio... O cuando menos en politeísmo... En ese al que, precisamente, me llevan todos los cabos sueltos.

Si es que en verdad los hay. Si es que esto no es sólo el ridículo intento por aferrarme a ella. Por vengar su estadía en la tumba.

* * *

Los niños no juegan fútbol. El solo nombre del local ha bastado para guiarme por las calles grises, las bardas en obra negra y algunos carteles adheridos con engrudo.

No hay demasiada gente en la entrada. Tampoco en el interior. Las luces de las veladoras iluminan efigies, no estampas. Ninguna es completamente humana. Tampoco del todo animal. Rasgos burdos, oscuros.

La clientela me mira con algo parecido al recelo. Tras una cortina se adivinan dos personas. Se escucha la constante y rítmica sacudida de ramas, el rumor de un cántico, mientras realizan la limpia.

Clínica contra la magia negra, en ese rubro podría meter este lugar si lo mío fuera simple pesquisa documental.

Saco la carta de mi bolsillo. La muerte continúa pensativa. Más que yo.

Una muchacha de trenzas orzueladas se acerca. Trae una pregunta en su cara. En sus manos, hierbas que lucen amenazantes.

Entonces me decido.

En la calle es menos pesado el ambiente.

* * *

Einstein pensaba en un dios con estructura mental a la Edgar Allan Poe.

De hecho gastó sus últimos días tratando de descubrir la fórmula que explicara las leyes de la naturaleza sin sacar a Dios de la ecuación.

Teoría de campo unificado, llamó a tal concepto. Uno que no pudo redondear, sintetizar hasta un estado definitivo.

Su clásica frase “Dios no juega a los dados con el universo”, fue su airada respuesta a la ciencia cuántica, en especial al Principio de indeterminación. Su prestigio estuvo en riesgo a partir de ese enfrentamiento.

Me pregunto qué diría hoy, si nos encontráramos en un bar, si le contara de mis esfuerzos.

* * *

Flap. En el recuerdo. Flap. La vieja cantina. Flap. Laura reparte los naipes tipo americano para nuestra segunda partida de póquer; me sonrío y sus ojos son vidriosos. Me besa. Empieza a contarme su miedo. Flap. Mira un tres de picas. No le puede

despegar la vista. Flap. Un nueve de picas. Luego un ocho con la misma figura.

Pone el mazo bocabajo y me acaba de referir cómo soñó su muerte.

Flap, hace en el presente mi carta de pensativa muerte.

* * *

Estaciono a un costado del Museo de Tecnología. Sus cercas hacen más deseable mi ingreso. Uno que no planeé, que no intentaré.

El suelo desértico y pedregoso, los pastizales secos. Riego con diesel. Ni siquiera sé de su efectividad contra los alacranes. Hasta hoy, no hemos tenido problemas con ellos. No uso fuego, ya resulta bastante arriesgado acampar tan próximos a las instalaciones. Miro ese atardecer con Cerro de la Silla.

Preciso esta cercanía, este vínculo para asegurarme a mi mente que el mundo no se está desintegrando.

Clavo las anclas para la tienda. Acomodo las colchonetas, los mismos sleeping bags que ya no separo, que mantengo en formato matrimonial. Están aceitosos, plagados de diesel. Pronto habré de cambiarlos. Lo que menos necesitamos son alergias. Complicaciones de la salud que detengan nuestro progreso.

La tienda insiste en perder forma. Hace falta un tubular para el arco superior. A regañadientes enciendo la lámpara y busco en la cajuela. Meto la cabeza y las oigo palpar. Son tres vasijas de barro cocido, cada una pintada con distinto color, distinto dibujo extraño. Su pulso parece a punto de reventar mis oídos, mi propio músculo cardíaco.

Las esquivo como si algo terrible, una combustión espontánea, por ejemplo, pudiera acontecer con el solo tacto y alcanzo el motivo de mi búsqueda.

Termino de armar la tienda, con el miedo al margen, casi ingobernable, a punto de romper sus cadenas.

No cometeré el mismo error. No otra vez. Me lo prometo.

Si no fuera por ella. Si no fuera por el museo, abriría mis puertas a la locura. Y echaría a correr. Lejos. Lo más lejos.

* * *

El ojo. El triángulo. La puerta. La sala de espera luce más pequeña. Está vacía. Detrás de la cortina escucho una plática, no una consulta.

Vuelvo a mirar mi carta. La muerte no ha cambiado de postura. Tampoco lo hace cuando la flexiono. Cuando la suelto y hace flap, al tiempo que aparto la cortina.

La mujer se vuelve, enojada. Luego se ruboriza. El hombre sólo tiene un color. Y no es el de la calma.

“Basilisa”, digo, para mejorarle el recuerdo. Y la mujer retrocede, al percibir cómo arrugo el naipe entre el guantelete.

El hombre avanza. No importa que su mentón esté libre de vellos, que no tenga las piernas desnudas y no porte tenis de tacos. No importa que abra la boca y quiera decir algo, desde ese anonimato de personalidad.

No importa nada. Nada, nada. Sólo que estoy seguro, sin asomo de duda, de quién es.

* * *

Cada adenda, cada modelo alternativo que ensayas para sustituir el estallado, el roto, tiende a parecerte inconsistente durante los primeros momentos de uso.

Incluso en las mínimas modificaciones a tu estilo personal, esto resulta casi una ley. Cuando cambias tu corte

de cabello, cuando te rasuras el bigote, existe un periodo de adaptación necesario para aceptar tu nueva apariencia.

Al principio te miras al espejo y hay segundos de desconcierto, de duda por parte de tu mente, para asociar aquella imagen con tu identidad.

Y eso ocurre en lo más simple. En lo externo.

Cuando similares variantes son introducidas en lo fundamental, en las definiciones de tu ser, en el software que te permite seguir adelante, el problema se vuelve más, mucho más escabroso.

* * *

El whisky pierde sabor con la sangre. Es más poderoso. Atrás de mí, un hombre desdentado rasguea la guitarra. Canta con voz senil.

Los cubiletes son múltiples. Inagotables, alrededor, en cada una de las mesas. Supongo que es quincena. Supongo, porque aún mantengo mi estatus de estudiante, mi virginidad al sistema productivo, a la simple rutina trabajo-paga.

Alguien, un tipo maduro, correoso, me propone un juego. Acepto, sin más.

La suerte está de mi parte. Al menos esta noche. Lo sé, sin temor a equivocarme.

A punto de terminar la primera partida, el miedo empieza.

¿Y si ya he agotado toda mi suerte?

* * *

Vuelvo a pensar en Einstein. En su posible desempeño al enfrentar mis circunstancias.

No hay guías. Hay intranquilidad. Algo que se parece al miedo.

Hay la sospecha de que he banalizado su figura, justificado a extremo mis actos, a través de mi deforme, acomodada y sintética biografía de él.

Quizá es culpa de Microsoft y su viejo, ya caduco, asistente 3D, su screenmate, esa caricatura tutorial dispuesta a sugerir a cada mínimo esbozo de escritura.

Quizá exagero y sólo busco a quién echarle la culpa. La libertad incluye a la culpa. No hay nada más gratificante ni más terrible que saberte el único responsable de tus acciones.

Einstein o su avatar son nada.

Este soy yo. Con la inquietud. Con palabras al límite que abren una tenue, lejana luz de esperanza.

* * *

Sólo el nombre en la lápida. El cuerpo de Laura yace muy abajo. Su imagen en mi mente, en esa manía de imaginarlo todo. Agradezco que en estas latitudes no se estilen los retratos empotrados en la mampostería o el mármol del memorial.

Los gusanos parecen estar en el sol y éste insiste en incrustarlos en mis ojos. Meto la mano al bolsillo. Saco dos mechones de cabello. Uno masculino. El otro, femenino, ya desentrelazados; sueltos, sin formar la original trenza. Dejo también el naípe de la muerte, una etiqueta de *Jack*. Desenvuelvo el muñeco: también hay cabellos, pedazos de uña roídos con los dientes, una foto de Laura que yo nunca tuve y un arete distinto a mi arracada. Me gustaría dejarle un compañero. No puedo. No es eso lo que vine a hacer. Soy parte de otras memorias, de otro tiempo.

Los casquillos han quedado atrás, como los cuerpos. El miedo, no. Ese está aquí, aferrado a mi pecho. Las últimas palabras, de la mujer del tarot, amenazaron con suficiencia. Más trabajos negros. Y no de Basilia... De ninguna otra gente o bruja conocida.

No estaría tan mal compartir la suerte de Laura. Tampoco retarla.

Tengo más de lo que vine a buscar: las últimas palabras del ex jugador amateur, aficionado de fútbol, explicando, pidiendo clemencia, a la vista, al tacto de mi pistola bucanera, mi pistola de dobles cañones recortados de escopeta, ahí, sobre su sien, hundiéndose.

Apenas un número, el nombre de una colonia, los detalles de una casa.

Y el recuerdo de su sangre, de su cerebro líquido en la pared.

* * *

En el retrovisor aún distingo el Cerro de la Silla. Borroso. Lejano. En mi cartera queda poco. Cinco mil pesos para alcanzar la frontera.

Pienso en mi pistola, en mi guantelete; en un asalto a un expendio de 24 horas, en las márgenes de una pequeña ciudad.

Y el miedo crece.

No es lo que necesito. Recuerdo el bolso de Laura, oculto en la cajuela. Sus tarjetas de crédito...

Cuando ya no quede otro remedio, me digo y piso el acelerador.

Atrás, sólo el polvo.

* * *

Esta vez yo hago la llamada. Felicia acepta mi película, sin más. Quedamos para las seis de la tarde.

Es lo terrible de la vida, de los proyectos. Una vez que has alcanzado tu meta, ésta parece espuria, intrascendente. Y no sabes qué más hacer. No en realidad, los caminos abiertos con ese logro parecen conducirte a todo, menos a la tranquilidad.

Mis manos llenas de sangre. Su viscosidad persiste en mis palmas, pese a las continuas lavadas.

No me siento mejor. No mucho, al menos. Está la imagen de su cabeza reventando, escupiendo sangre y masa encefálica. Está el miedo a las sirenas. El hipotético ruido de las esposas al cerrarse en mis muñecas.

Cuelgo el guantelete. Guardo la pistola bajo la cama. Quizá el sueño proporcione consejos. Quizá el cine.

De Dios... no sé qué pensar.

* * *

Einstein no era un gran romántico. No en la definición actual, cuando menos.

Se dice que rechazó a una gran estrella de Hollywood, que gustaba de mujeres poco aseadas, llenas de vello.

Se dice. Yo, en verdad, sólo sé de cierta su clásica fórmula: $E=mc^2$.

Si tuviera manera de elegir la apariencia de mi ángel guardián, de seguro optaría por Cobain o Morrison. Cualquiera de los dos.

Pero sólo tengo esto. Este conflicto.

Einstein está bien, me digo. Y lo repito, sin fin.

* * *

Despierto alarmado. El reloj me asegura tiempo de sobra para mi cita.

Reviso mis ganancias otra vez. Un montón de billetes que una parte de mi ser bloquea, un pudor extraño que me impide contabilizar, dar una cifra a mi éxito en cubiletes ebrios.

Gajos de sueño arriban a mi mente. Einstein 3D, semejante, distinto al tutorial, al ayudante de Word, enano, con piel de caricatura, nariz bulbosa y bigotes extremos, a mi lado, sugiriéndome el momento de estampar el recipiente negro, esa boca plástica, llena de dados, en la mesa.

“Construye tu propio campo unificado”, me dijo, tras la última tirada.

Busco recordar mi salida de aquel bar. Y sólo hay resaca. Un lago putrefacto y viscoso, viciado.

Saco las armas de abajo de la cama. Faltan dos cartuchos, aparte de los usados en el consultorio del tarot.

La imagen llega. No sé si la invento: el enojo de mis comparsas de bar, de mis retadores. Dientes en rechinido y yo, disparando al techo. Luego, una carrera en la noche, entre parajes deformes.

Las navajas en el guantelete no parecen más llenas de sangre.

Es increíble todo lo que puedes conseguir cuando no crees más en el futuro. Cuando has llegado a tu límite y todo lo que no sea tu muerte, es una ganancia.

“Necesitas un auto”, dice, en mi recuerdo onírico, el caricaturesco Einstein.

* * *

La madre de Laura solía regañarme cuando llegábamos tarde. Tarde, para ella, significaba el filo de las diez de la noche.

Su discurso siempre apeló a mi ética, mi sentido de urbanidad. A nada más. Su desplante buscaba ser hiriente y orientarme a un balance de mi árbol genealógico. A un reevaluamiento de mi clase social.

Su discurso iba más allá de lo hablado. Jamás me permitió usar su sala, subir al cuarto de Laura. La cocina era el único espacio cedido para nuestros encuentros, nuestras despedidas. El resto de la casa lo conocí durante sus viajes de visita a sus hermanos, a los tíos de Laura, cuando ni ella ni su marido estaban allí.

Recuerdo, sobre todo, la tarde en que usamos su cama. El orgasmo de Laura fue amplio, intenso. Quizá con un padre dominante, aquello habría resultado conflictivo. Quizá. De Laura supe, desde el principio, a quién dirigía sus venganzas. De dónde le nacía lo rebelde.

Por eso jamás odié a la madre de Laura. No en verdad. Lo único incómodo era su nombre. También se llama Laura.

* * *

Felicia. En mi hombro, en mi pecho. Cada vez más cerca de mi boca.

La película no es el vector de este desplante. Debería contagiarse. Al menos ella.

Alrededor, todo son carcajadas y oscuridad. Pienso en las costumbres de mi abuela. En sus rituales postfunerarios.

La resultante es simple: nuestros viejos eran más diplomáticos, guardaban luto más a favor de los vivos que de sus difuntos.

 Mi cabeza se satura. Se llena de sangre. De furia.

 Si trajera mis armas, esto sería una masacre.

 Sus labios alcanzan mi oreja izquierda. Se desplazan por la línea de mi mandíbula, hasta el mentón.

 “Calma, no es nada malo”, dice y me calla con su siguiente movimiento.

 No estoy besándola a ella. Busco que sea Laura. El intento es fallido. Sus dientes amplios, prominentes, sus labios finos. Todo diferente. Ni siquiera me sabe la caricia.

 “Deberíamos salir”, le digo.

 Me toma de la mano, me arrastra fuera del asiento, del mismo cine. Y comprendo sus intenciones.

 No sé si yo buscaba esto o sólo fue un desliz de mi inconsciente.

 De cualquier manera, subo a su viejo Ka.

* * *

La paradoja del arte. La paradoja de la existencia. Son en exceso semejantes, quizá porque surgen de una misma cepa.

 Cuando eres niño sueñas con vivir una película. Cuando juegas videojuegos, casi vives una, pero ninguna cosa te prepara para en verdad experimentarla.

 El cine como modelo de vida consiste en exagerar los rasgos, en sintetizar al máximo las pausas entre acción y acción. En eliminar el tedio.

 Hoy, el tedio brilla por su ausencia. Y sólo queda el miedo.

 Es la vieja paradoja de la existencia: querer morirte cuando todo clama existencia plena.

* * *

Ni siquiera hay calles o aceras. Colonia remota con sendas de terracería. Elijo la última. La casa más lejana. Nos introducimos por la ventana que da al oriente. El lugar desolado.

Deben ser más de las tres de la madrugada. Ella enciende la luz, como si no hubiera peligro. Como si esto no fuera un allanamiento.

La cocina llena de trastes sucios, un frigobar; una barra para desayuno separa la sala. Paredes plagadas de posters de futbol nacional. Latas de cerveza aplastadas casi al pie del televisor. Múltiples envoltorios de comida chatarra tapizan el piso de cemento. Diseño y materiales típicos de un departamento de interés social.

“Estamos perdiendo el tiempo”, dice Felicia. Hay más en sus palabras. No se refiere a la búsqueda, sino a mi intento de escaparme del hotel, de entre sus brazos, sin despertarla.

Hago el signo de amor y paz. Sólo quiero decir: dos minutos.

Abro la puerta al cuarto principal, al secundario, al de planchado. Exploro el baño. Nada, excepto la crónica gráfica, constante de un fanático del balompié.

Algo quiere hacer click en mi mente.

Felicia me llama. A sus pies, en un rincón de la recámara menor, hay una puertita de metal, antes cubierta con un tapete de peluche amarillo, con un logo azul al centro. Ahora yace arrugado, junto a sus zapatos. “En realidad, me tropecé”, explica ella.

Con marcador permanente está escrita, sobre la lámina roja, una advertencia: Peligro. Abajo, el dibujo infantil de una calavera sobre tibias cruzadas. Un candado completa el conjunto.

Regreso al cuarto de planchar. Vuelvo con un martillo. No dejo de extrañar mis armas.

El sonido es trepidante, escandaloso. Metralla metálica, hasta romper el cuerpo de bronce. Levanto aquello. Pareciera la entrada a una cisterna.

Desciendo por la escalera oxidada. Me quedo ahí, estático. Un cuarto para revelado. La luz roja. También hay veladoras encendidas. Sombras móviles en piso y paredes.

Un gemido. Es Felicia. Hasta ese instante la distingo junto a mí. “No puedo creerlo”, dice y sólo ve al frente. A lo que no me atrevo a escrutar.

* * *

Cuando tu mundo estalla, no todo ha terminado.

De hecho, puede volver a explotar. Si sigues vivo. Si aún puedes percibirlo.

Ni aun la bomba atómica es capaz de extinguir todo de cuajo. Tras la primera detonación hizo falta más. Tras Hiroshima, llegó Nagasaki. Y aún estamos aquí.

Reventar un planeta es cosa de dioses. Al menos hasta ahora, hasta la fecha. Eso no es un consuelo. Tras Hiroshima, de seguro, la mayoría de los japoneses creyó que el conflicto llegaba a su fin. La segunda bomba, un par de días más tarde, los sacó de su error.

Lo mío no resulta tan funesto. Quizá mi símil parezca denigrante, ofensivo para los japoneses. Pero no tengo una mejor metáfora para expresar esto.

En verdad, no la tengo.

* * *

Felicia sabía más. No sé si callaba por protegerme o sólo por su proyecto.

Ahora, en esta carretera que me acerca a Nuevo Laredo, he tenido tiempo suficiente para pensar en ello. En todo lo que rodea a este evento.

En el estéreo, U2 le canta al lugar donde las calles carecen de nombres. Las yucas, los árboles de Josué (los Joshua Tree), parecen corear cada acorde, ahí, al borde de la capa asfáltica. Esta vez no los siento como una burla o un conjunto de porristas animándome a seguir adelante. En todo caso son parte de esta música. Ésta que me interpela, sin hacer mella. Ruido armónico para contrarrestar la monotonía del motor. Para no quedarme dormido al volante.

No dejo de pensar en Einstein. Ahora sé un poco más de él. Las incursiones de Felicia al café internet, antes de ceder a la tentación del celular inteligente, han aportado poco, pero suficiente. Al menos a ese tema. Lo mínimo para hacer una diferencia.

Einstein, de hecho, dijo: “Creo en el Dios de Spinoza, que es idéntico al orden matemático del Universo”. Un dios con mentalidad a la Edgar Allan Poe, si vuelvo a Sabato. Un dios de lógica y arquitecturas causales. Uno parecido al que yo concebía.

Ahora no puedo dejar de preguntarme: ¿cómo integraría Einstein los datos de esta, mi historia, a su Teoría de campo unificado? ¿Cómo podría explicarme esto, yo, de ser en verdad religioso?

No tengo la menor idea. Sólo sé a dónde, a quién pertenezco.

Felicia no. Ése es su problema. Y yo, parte de su rota esperanza. Felicia recordaba incluso los apellidos del hombre sin rostro, o con los rasgos de todos. Del ex futbolista. De ése, ahora sin cara, con sólo la mitad de la cabeza.

Felicia abandonó este auto, este viaje, más por sí misma que por ese silencio. No tengo nada contra Felicia. Tampoco contra Joaquín.

Es algo más simple.

Es este constante comprobar que no hay otro lobo, otro depredador para el hombre, que su misma especie.

* * *

Caminamos hacia la luz. Paso a paso, arrastrando los pies, en esta suerte de cisterna.

Hay un altar a la izquierda. Uno de múltiples niveles, plagado de efigies, estampas de santos, vasijas, envoltorios, botellas, sonajas y veladoras. Hay un vientecillo que surge de algún conducto bien disimulado. Quisiera centrar mis sentidos en eso, posponer mi escrutinio.

Es inútil. Me dirijo a ellas. Son tres. Están sentadas al borde de un king size fabricado con hule espuma, maderas y fierros, en este mismo lugar.

“Cómo... Cómo pudo...”, dice Felicia y detiene su avance.

Están desnudas. Sus cuerpos cubiertos por trazos. Tatuajes toscos y rituales. Todas son jóvenes, con distinto corte y color de cabello. No reconozco el rostro que busco. No se asustan, no se alteran con mi proximidad. Permanecen ahí, juntas, arracimadas, quizá combatiendo el frío.

Trato de mirar sobre ellas, de distinguir algo en el resto de esa cama. Bajo ella hay una espesa capa de tierra. Huele a eso. A más. En un rincón, a la derecha, distingo una figura en cuclillas. Y un aroma a heces fecales que crece, se incrementa.

“¿Laura?”, pregunta Felicia, ya a mi costado, con la voz quebrada, “¿eres tú, Laura?”

Unos ojos brillan, la silueta se incorpora, se distiende.
Empieza a avanzar.

Reconozco sus senos, las costillas, la curva de su cintura.
No su rostro. Tampoco el lustre extraño en sus ojos.

“Laura”, gime Felicia y busca abrazarla, consolarla. Sus
dedos resbalan, corren la pintura ritual. Se queda con el gesto
así, roto, congelado.

Laura se limita a sentarse junto a las otras mujeres. Se
aprieta contra ellas. Los ojos cerrados. Ausente.



CUADERNILLO 2

¶ AFERRO EL VOLANTE COMO SI FUERA EL TIMÓN de todo mi destino y por más que trato de alejarme de la escena inicial, de los cafés, de aquella tumba vacía, de todos los problemas, lo único que consigo es alejarme, a cada kilómetro, más y más de ella.

Su nombre me vibra en los labios, retumba en mi plexo, en mi garganta, parece redimensionarse en mi músculo cardíaco.

Parece. Y ese es el problema, todo aparenta ser lo que deseo y, a la vez, justo como con el mítico Midas, basta con estirar los dedos para que todo se convierta en meros objetos sin sentido. En algo frío que en nada se asemeja a mi sueño.

Ella no responde. No busca mis pupilas, no reacciona ante el rezo de su nombre continuamente repetido. No vibra con mi latir, por más y más que así lo imagino, lo reproduzco en mi inconsciente devenir nocturno.

Y tanto, pero tanto, vengo soñando que temo perder la línea divisoria y seguir conduciendo, por siempre, en las autopistas de la otra vida.

¶ EL HOMBRE ME MIRA CON SOSPECHA. Indeciso, quizá ofendido.

“Demuéstrelo”, me reta y saco las impresiones láser, hechas en un café internet.

“El modelo original estaba basado en un Lincoln Futura de 1955, modificado a descapotable”, digo, explicándole las hojas que ya revisa, “y el suyo es una copia, en fibra de vidrio, de un Cadillac Eldorado, convertible, de 1960”.

Hacía meses conocía los detalles sobre el lugar. Cada uno de los importantes. Muchas veces no queda sino añorar el futuro. Empezar a trabajarlo. Los proyectos, los sueños de Laura me programaron para mirar lotes de autos.

“Con razón se me hacía que le faltaba algo... aparte del parabrisas”, dice el mecánico y se acaricia el mentón.

“Incluso le traje esto, para convencerlo” y le entrego un modelo a escala, parte de mi vieja colección infantil. En la cangurera, en mi cintura, pesa el monto de mis ahorros caseros y parte de mi ronda en el cubilete. Todo en billetes de mil.

El dueño da vueltas alrededor de su producto, se detiene frente al cofre. Compara todo con el juguete en su mano. Y mueve la cabeza, desaprobando.

“¿Y si tanto sabe, para qué lo quiere?”

“Va a ser mi regalo de bodas. Mi carroza nupcial”, digo y el hombre cambia el gesto, la actitud entera.

* * *

El padre de Laura me trató diferente. Su actitud era de vigilante. Copartícipe de los retos que su mujer establecía.

Supongo que aprobaba mis esfuerzos. Que, para él, era como mirarse en su propia aventura de conquista.

Él habría cambiado todo este caos. Lo intuyo. Casi puedo jurarlo.

Hace un año se quitó la vida. Mandó a sus Lauras al cine, a entretener a sus propios hermanos. En ese corto lapso sacó de la caja fuerte su testamento, sus estudios oncológicos, las cartas ya preparadas; dispuso todo en un ordenado despliegue sobre la mesa del comedor. Se encerró en su despacho y jaló del gatillo, cuando el cañón de su .38 super estaba contra su paladar, cuando tenía la boca llena de agua carbonatada.

Lo encontró su esposa.

Un mes antes era el hombre más sano que pudieras imaginar. Al menos, eso aparentaba.

A Laura le diagnosticaron paludismo, luego fiebre tifoidea. Cáncer, hace cuarenta días. Hace veinte corrigieron: no había metástasis alguna. Anemia, aventuraron. Hace quince, la muerte. Sin causa comprobable. Sin autopsia de por medio.

* * *

La foto mal tomada en el diario regional, el escándalo en la radio.

La llamada telefónica.

No podía esperar ninguna otra cosa.

“¿Ya tienes un plan? Necesitamos un plan... ¿Viste el periódico?”, Felicia inquieta, nerviosa. Su mente hecha un cinematógrafo plagado de casos detectivescos.

¿Qué contestas ante eso? ¿El detallado plan de no tener plan? ¿Te sinceras y afirmas que no sabes nada, que nunca esperaste que eso ocurriera?...

O qué...

* * *

“Si supiera lo que estoy haciendo, no lo llamaría investigación”. La frase, otra vez, es de Einstein.

Einstein es nuestro campeón en la prepa. Hay a quienes se nos queda hasta la universidad. Y a otros, supongo, de por vida.

Siempre que tus padres te reclamaban por tus notas en matemáticas, terminabas diciendo: si a Einstein lo reprobaron, a mí por qué no...

Yo supongo que Einstein se refería a que en tu plan original, tu objetivo es demostrar algo. Aunque ese algo no sea siempre lo que te impulsó a emprender la investigación.

Laura es mi evidencia. Una que no se queda en fórmulas o en papeles... Yo sólo buscaba venganza. Hasta ahí llegaban los planes, la hipótesis de partida. Nunca preví a Laura. Menos en su actual estado...

Si no hubiera dejado atrás una mancha de sangre tan amplia, ahora la pesquisa podría ser de otros...

* * *

Resulta tan difícil tomar distancia, hacer espacio para seguir adelante como si nada ocurriera.

Ningún cobijo parece real o suficiente. Los trailers se arraciman alrededor del local, prometiendo comidas baratas y adecuadas.

Me estaciono entre un par de amplios trailers de doble remolque. Una parte de mí insiste en transformar aquello, en no dejarse arrasar por ese desierto que nos acompaña desde hace días. Por ese erial que quiere ser parte de nosotros...

Avanzo con lentitud y me visualizo como entre amplios destructores, un remolcador frente a barcos cisterna; un insecto entre armatostes de metal. A su sombra quisiera que todo quedara cobijado, que ella no fuera visible... O cuando menos tan difícil de predecir...

Quisiera que hubiera McDonald's a todo lo largo de esta carretera. Sería bueno poder sentarme y beber con soltura un café mientras espero la llegada de algún desayuno de varios tiempos.

Es como viajar con un niño... Ahora es como eso...

No es que se incorpore y abra la puerta. Es algo más simple: su mirada perdida, la palma contra el cristal, una y otra vez, patentizando un encierro absurdo... A la vista de todos... y con sólo la lona mal hecha de este descapotable hechizo.

Suspiro. No puedo seguir sin alimentos.

La arropo. Me deseo suerte y voy en busca de algo para calmar el hambre.

* * *

Planear. A veces toda la vida se te va en eso, en vivir futuros hipotéticos que corrijan, mejoren tus circunstancias. Y el presente es sólo ese estadio de queja, de múltiples inconvenientes que parecen arruinarlo todo.

Antes soñaba con noches y más noches juntos, con un vínculo sin cronómetros, sin relojes y navajas pendulares amenazándolo todo.

Hoy me conformaría con mirar a Laura arribar tarde a otra clase. Con mirarla sonreírme desde la ventana y saber que más tarde habría un café, nuestras manos unidas...

* * *

Las calles estrechas. La pobreza. Al menos hemos dejado atrás dos capitales y varios pueblos menores.

Felicia saluda con reverencia al anciano. Estamos en el solar de una construcción que se ha armado a pedazos. Cuartos pequeños, separados. No puedo despegar mi vista del caldero que agita con una enorme espátula de madera. Hierve pellejos en aceite. Puedo verlos en cada removida. Tiras oscuras, arriscadas. No huele a puerco, a chicharrón. El aroma es nauseabundo. Imito su cortesía, extendiendo mi derecha y el hombre suelta su herramienta. Se incorpora, me observa con ojos desorbitados.

“No es para ustedes, ¿dónde está ella?”, dice y recorre mis manos con la mirada. Felicia lo conduce a la salita de espera. Yo, tras ellos, siento mis vellos erizarse. Las palabras del anciano se repiten en mi mente. Una y otra vez.

Laura recostada en la mecedora de mimbre, el sarape hasta el cuello. La analiza, da vueltas en torno a ella. “No los puedo ayudar. No pierdan su tiempo. Nadie podrá en este país. Se los digo de a gratis. No les voy a cobrar un quinto, si se van en este momento”. Camina y nos abre la puerta.

Cargo a Laura, la acomodo en el asiento trasero. La cubro. El anciano sigue mirándonos. A Laura, a mí.

“¿Hace cuánto lo mataste?”, me suelta a bocajarro. Ni siquiera reacciono. Mis labios se mueven solos, me traicionan: “Tres días”. Da media vuelta. A punto de cerrar la hoja de madera, la vuelve a abrir. “Ve a Nueva Orleans. Es tu única oportunidad”, me dice y azota la puerta. Me pego a ella. “¿A quién busco?”, grito, vuelvo a gritar. “Debes apresurarte. Te están siguiendo”, completa, ya lejos.

Silencio. Ni siquiera pasos. Me dejo caer en el asiento del conductor. Felicia, a mi lado, se truenan los dedos.

El olor se incrementa. También la humareda de la fritanga.

“Vámonos”, suplica Felicia. Entre sus manos sostiene un fajo grande de billetes. El supuesto monto por consulta, de acuerdo con sus informantes.

¿A dónde? Quiero preguntarle. Me callo. Sé la respuesta. La mía. La de Laura.

Y arranco. Acelero.

* * *

En una sola oportunidad vi conducir al padre de Laura. Todos sus modos, todos sus ademanes eran en exceso medidos. Casi podría jurar que iba por las noches, antes de cualquier salida, a realizar mediciones puntillosas de la distancia entre el asiento y el volante; de los ángulos de giro e inclinación de los espejos. A comprobar el estado general del auto.

Su despliegue en carretera era pausado, sin sobresaltos. Sin narraciones sobre lo que iba anticipando.

Eso recupero ahora. A la distancia, cuando ya no existe más paz armada. Con él, adelantado, aún yacente en su tumba.

Y la madre de Laura pasmada, arrebatada a sí misma, entronizada en su escala de drama... Ella constituye otro vector

de incierta intranquilidad, sé que se mueve, que va infectándome, por dentro, de una u otra manera, invisible, imparabile.

* * *

Cuando el mundo te estalla, no hay posibilidad de huida; tú eres parte del evento.

A las cosas necesitas apresarlas en su justa medida, enfocarlas sin extravío. Hasta hace unos días me pensaba la víctima, ahora me percaté de que sólo soy una baja colateral.

El problema es el protagonismo que desde el principio aprehendemos. Está en nuestros padres, en toda la cultura, aunque sea de la peor manera posible.

La víctima es ella, por supuesto. Basta mirar sus ojos, perderse en su vacío, para empezar a percibir la absoluta desolación que la posee.

Y, ni siquiera en el caso de Laura, el estallido ha servido para sacarla del mundo, para extinguirla de cuajo.

La materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma... Malditas leyes de la termodinámica.

* * *

Einstein platicaba con el anciano brujo del caldero de fritangas. O con su reflejo. Se parecían demasiado. Gemelos. Clones.

No recuerdo su debate. No en su totalidad. Apenas fragmentos.

El tema básico parecía la causalidad, la configuración del universo spinoziano.

Me parece que fue el brujo quien citó la segunda ley de Clarke: "La única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse hacia lo imposible".

Estábamos en una cantina. Y a mí se me cerraban los ojos.

Soñarse soñando no es raro. Creo que fue la primera vez que me soñé ebrio.

El cubilete me despertó, dentro del mismo sueño.

Ambos discutían la mecánica de esa tirada, sin parar de beber. Y, cosa nueva, en sus caras había una permanente sonrisa.

* * *

Entre más me alejo, entre más distancia ponemos de por medio, más me vienen a la mente las escenas de su cabeza, reventando, llenando de arabescos la pared.

Recuerdos no lineales que lentamente van mutando, como todo aquí, junto a mí, en mí. Todo.

Y digo no lineales porque está el desapasionamiento, ese cansancio, ese asco al escuchar sus súplicas. Si me apoderé del cojín de la sala fue más para obstruir sus palabras que para amortiguar el sonido de los dobles cañones. Creo que nunca pensé en las salpicaduras.

Ahora que recapitulo, creo que no pensaba ya en nada. Mirar la caída de la mujer del tarot, el vuelo del naipe, eso me robó el último rescoldo de sensiblería.

Y ahora la recupero, a contracorriente, de a poco.

Recuerdo la aspersion y luego veo a Laura grande, a mi suegra, así como yo, inclinada sobre el sillón, mientras, como Jackie Kennedy, trata de recoger los pedazos de la pared y de acomodarlos en el cráneo horadado de su marido...

* * *

Al borde. Muy cerca. En la civilización. Sin pensarlo, ingreso al Automac. El crepúsculo está por terminar y aún no decido la ruta adecuada.

Tantas horas de carretera. Tantos restaurantes para trailers. Y esta hambre. Esta imposibilidad de pararme en cualquier lugar.

Pido dos combos al sistema. La fila es larga, la iluminación tenue. Compruebo el asiento trasero. El sarape en su lugar. La silueta femenina en lo que parece un simple sueño.

Cuando me entregan el paquete, compruebo mi nulo temblor.

No me estaciono ni pruebo bocado. La ciudad parece tan desértica como la recordaba. Gris de asfalto. Sequedad de desierto. Calor de playa. Todo confuso.

Es ahora. Este es el momento justo. Lo sé. Sin asomo de duda.

Enfilo hacia el puente, hacia la aduana.

He repasado miles de veces mis diálogos, sus posibles variantes. Nada hará que esté mejor preparado.

Nada.

* * *

Creo que lo más difícil en aquel momento fue decidir qué hacer con nuestro hallazgo.

Que los policías no hubieran llegado antes que nosotros, tenía que ver con mi forma de usar los cañones, con ninguna otra cosa. Y ahora no los íbamos a llamar nosotros.

La idea fue de Felicia. Sacarlas al patio, así, desnudas. Y dejar que ellas mismas armaran el escándalo con la llegada del día.

Envolvimos a Laura en un sarape y salimos de ahí. Así, sin más.

* * *

Entre mis primeras experiencias cinematográficas están las llamadas *Road Movies*. Al principio me parecían obras sin *punch*, sin argumento. Largos pretextos para no contar nada y pasársela armando postales móviles. Las hubo en *motocross*, en bicicleta, en autos deportivos. El colmo fue la versión tráiler.

Si vi tanta maldita película del estilo fue porque sólo a las matinés, a esos largos maratones, me era permitido asistir.

Ahora, cuando el volante se ha vuelto el más familiar de los enseres, no puedo sino mirar atrás y empezar a pensar que gran parte de las directrices de mi actual camino, nace de mis odios.

Ahora, todos parecen reunidos. Ahora, más bien, pareciera que vivo en una mala broma de Dios.

* * *

Si hoy dices zombis, la gente piensa en una ola de carne corroída, en un desfile de podredumbre hambrienta que amenaza a toda la ciudad.

A mí aún me tocó el otro miedo, el de los hechiceros que te convertían en zombi por venganza. En su esclavo manso y de cerebro adormecido.

Eso se lo debo a mi abuela. Es ella la que me contaba historias de la costa, historias de gente que volvía a aparecer luego de años de extraviada. Sin memoria y con cicatrices de esclavitud o trabajos forzados.

Algunos volvían a ser ellos mismos... otros... jamás recuperaban la conciencia.

Me encantaría recordar más de aquellas pláticas nocturnas. Quizá el secreto esté en saber esperar. Es de a pedazos que he ido recuperando las palabras de mi abuela, mientras leía los resúmenes que Felicia sacaba de internet.

Antes, este conocimiento estaba a nivel inconsciente. Supongo que por eso me costó tanto aceptar mi búsqueda, mi venganza.

Supongo que por ello, también, cuando llegó el momento de jalar el gatillo, no dudé.

* * *

El hombre se acerca. Su actitud me dice que me ha visto rondar interminablemente este parque.

No viste como cholo. No viste como nada fuera de lo normal. No para esas latitudes. Trae botas de cocodrilo y un gran cinturón con pita.

“Me gusta tu coche. ¿Lo sacaste de un yonke o qué?” Ni siquiera me deja dar respuesta, sigue en el ataque. “¿Qué, tu novia nunca despierta...?” Supongo que me lo he pensado demasiado. Conoce cada movimiento y yo apenas me entero de su existencia. “Así como la traes, no te van a dejarla pasar. Aunque cargues papeles de los dos.

“¿Alguna sugerencia?”, suelto al fin. Miro su sonrisa socarrona y no sé hasta qué punto me ha medido.

“Mira, compadre, soy muy caprichoso y como ya le puse el ojo a tu nave, no voy a regatear. Te la cambio por un pasaje seguro al otro lado”.

Ni siquiera lo pienso. Quito las llaves del switch y se las ofrezco.

* * *

Algunas noches vuelvo a soñar nuestro primer encuentro. Tal parece que ahora vivo sólo para alimentar, reconstruir paradojas absurdas.

La miro otra vez, por vez primera, y el eco de desazón, de ansia, vuelve a ser constante. Tan lejos, tan cerca... Su piel, perderme en sus ojos, en esos instantes de eternidad que duran a lo sumo segundos. Perderme, mientras ella sonrío. Sólo sonrío. “Me llamo Laura”, completa.

Y mi cuerpo vibra, ante su tacto, íntegro.

Entonces despierto. Me descubro otra vez en la tienda, a su lado, con ella inerte, apenas tibia bajo mis brazos. Y, eso sí, ajena; a miles de kilómetros de distancia; como si siguiera ahí, perdida en la oscuridad de la cisterna, en medio de veladoras y altares paganos. Como si nada ni el sol de las jornadas ni los baches del camino, supusieran cambio alguno.

* * *

Un amigo lo dijo hace mucho y la imagen no acababa de tomar consistencia. Hasta ahora: “Las de frontera, son ciudades en pausa, fantasmales”.

Estamos a bordo del auto, aún en espera; las calles, los paseantes, todo se mueve en un exagerado letargo de domingo. Uno asfixiante, cerrado como él solo.

Los pocos braseros que pierden sus horas en los parques, a la espera del convoy del pollero, tienen ese aire de ausencia de quien ha de enfrentar un gran duelo, una gran sentencia.

No es que nada suceda. Es que todo pasa como en medio de un velorio, como a través del cedazo de lo que será olvidado.

Y Laura parece tan a gusto en esta pausa, como si percibiera una oscura, sutil frecuencia transmisora, una lenta, fina canción de cuna para los condenados.

* * *

Shopping. La palabra me da vueltas y más vueltas. Recuerdo relatos de los amigos con poder adquisitivo. Sus camisetas personalizadas tras las vacaciones de verano, sus tenis a la moda; sus relatos de conquistas allende la frontera.

Recuerdo a Laura contar, en su reducido grupo de amigas, algo sobre viajes semejantes al inicio de la adolescencia.

Sueños cumplidos. Al borde de la frontera, con más dinero en el bolsillo del que jamás imaginé. Con ella a mi lado.

Y la única fibra de aventura proviene de otro sector, ajeno a lo contemplado en esas fantasías.

* * *

De entre todas las búsquedas, todas las incursiones en consultorios esotéricos, en lecturas al huevo y visiones en las esferas de cristal, sólo hubo un par de vaticinios que hablaron de esto, aunque de manera velada.

En la primera, la adivinadora utilizaba una simple baraja española y su forma de tirar y leer no se parecía nada a las que vinieron después. Habló de costas, fronteras y felicidades adormiladas. Sus frases eran cortas y somnolientas, con esa atmósfera de insustancialidad. Recuerdo que agregó una promesa a manera de cierre. Una que en este instante me es imposible recuperar.

La segunda tiene un hálito aún más extraño. No recuerdo la primera carta. Sólo la segunda y tercera. Recuerdo todos

los significados, casi cada palabra de cada una de las lecturas, aunque fueran el resultado de un método automatizado y de teléfono celular.

* * *

De no existir internet, quizá nunca hubiéramos tenido acceso a esas noticias.

Las fotos del segundo día incluían tomas del patio con las tres compañeras de Laura en un rincón, arracimadas, con las pinturas rituales ya corridas por el sudor y las pieles tostadas por la permanencia bajo los rayos solares que la escueta arquitectura hacía casi imposible evitar.

Dos diarios las dieron a conocer. Ambos, de corte sensacionalista, pasaron revista a la cisterna y consignaban escenas penumbrosas del altar, con efigies, pinturas, evidencias todas del vudú.

Había una sola toma amplia, con ojo de pez al king size, de fábrica casera, cubierto con sábanas llenas de dibujos coloridos y manchas múltiples. Otro ángulo mostraba una repisa repleta de ungüentos, aceites y adminículos de apariencia viscosa con un pie de foto que remataba aquello de forma contundente: La cámara del placer.

* * *

A veces pienso que esta asfixia es el resultado de tratar de explicar los rumbos empleando la visión no euclidiana de Einstein pero sin atreverme a cambiarme a la de Heisenberg.

La clave de todo está en lo indeterminado, en este error ciego, de mi objeto de búsqueda a mi perseguidor, de su secuestrador y hechicero, a la mente misma de Laura.

Órbitas errantes de partículas que juntas suman mi vida o determinarán el esquema de la misma.

Indeterminación, principio y fin de la...

* * *

Quizá en otros rumbos mi falso Cadi sería menos visible. Los niños nos persiguen. Más de un peatón toma fotos con su celular.

No me preocupa Laura, su silueta bajo la colcha. Pienso en redes sociales. Pienso en el brujo y su casa olorosa a fritanga. Pienso y temo.

En una esquina, aprovechando la luz roja, un vendedlimpiadores ofrece ponerme un claxon con la tonada adecuada por míseros trescientos pesos.

Por primera vez recuerdo el fajo de billetes de Felicia, ese monto para el fallido tratamiento de Laura. Luego pienso en la aduana. Después sólo acelero, queriendo dejar atrás todo, todo... Incluso a Laura. Pero sigue allí, aquí...

* * *

A veces creo que nunca he tenido otra sensación. Es como si esta experiencia se hubiera vuelto universal, hubiera crecido como diminuta semilla hasta abarcar todos y cada uno de los estratos de esta arquitectura del devenir.

Asfixia de acecho y pesquisa.

Como si siempre, alguien, respirara tras tu oreja, apenas intuyendo esa sombra de percepción, esa presencia invisible, al borde de los sentidos que te pisa los talones y, a veces, te hace caer y voltear sorprendido al hueco mismo del miedo.

El miedo es así, un hueco, un vacío que crece y crece y te devora sin parar.

* * *

Al salir de la segunda capital estatal, empezamos a intuir la serie de problemas que implicaba viajar con Laura.

Fue tras darle, como sugerían los relatos curanderos del folklore, sal, epazote y ajos, mezclados con la comida, que ella empezó a luchar de manera continua contra las ropas, contra el encierro. Un par de veces escapó, mientras Felicia aguardaba a que terminara con sus necesidades fisiológicas. Hubo que perseguirla a través de campos de cultivo y regresarla hasta el borde de la carretera, con toda la discreción que su negativa permitía.

Suspendimos primero los ajos, luego el epazote. Cuando al fin le quitamos la sal, empezó a ser menos agresiva.

En esa furia, en esa rebeldía previa, yo creía descubrir síntomas de mejoría. En esos arrebatos de angustia, también me imaginé a la policía, sus preguntas, su sospecha de frente a nuestra edad y la mudez o la gimiente personalidad de Laura.

Hacer este recuento, sin dramatismos, reduce todo, en apariencia, a una cosa simple. De en verdad serlo, Felicia seguiría aquí.

* * *

En los primeros kilómetros, manejarlo fue toda una experiencia. Sueños renacidos, revividos...

Aunque no muchos reconozcan hoy en día el modelo inspirador, la sola silueta, las mismas modificaciones o el logo amarillo, bastan para dar el último toque, el detalle revelador.

Hacia la entrada de la megacapital decido dar rienda suelta a mis fantasías y comprar una máscara. Trato de ubicar mi trayecto, el promedio de avance.

En otras circunstancias estaría más inquieto. Ahora, el destino que planteara Felicia me parece un ideal punto de encuentro.

Decido mover mi itinerario para pasar cerca de la arena famosa por su lucha libre. Si la suerte me sonrío no necesitaré bajar de este vehículo para cumplir mi capricho.

Eso es, lo sé: un capricho. Pero quizá sea el último absolutamente personal que logre brindarme, de aquí en adelante.

* * *

Mi mente da saltos cuánticos, inverosímiles, y va encontrando más y más restos de conocimientos, de referencias.

Algunas bastante idiotas, por cierto.

Recuerdo, sobre todo, el final de un programa humorístico. El presentador y su comparsa femenino, a punto de despedir el show, empiezan, protegiendo todo en un costado, a clavar alfileres en pequeños muñequitos de trapo. Ambos se retuercen en los sillones, pierden la compostura y se miran ya en franco antagonismo, mientras clavan sádicamente las agujas en los muñecos, hasta alcanzar la muerte y la cortinilla de cierre.

Algo me dice que todo aquel episodio estuvo dedicado a la magia vudú. Pero sólo recuerdo las sonrisas sádicas, el claveteo en las pieles de trapo. Y los estertores finales.

Si mi crimen hubiera sido menos pasional, tal vez hubiera disfrutado ensayando esa clase de tortura.

* * *

En varias ocasiones recordé los escasos viajes con mis padres. La ruta fija, apresurada. Las continuas escalas en las gasolineras para ir al baño, para surtirse de pequeñas viandas, refrescos para el aún dilatado camino.

Recordé también mis proyectos con Laura.

Paradójicamente tenía las dos cosas juntas y el sentimiento que en mí predominaba podía alcanzar una buena escala en casi todo lo que no se refiriera a gozo o placer.

* * *

Visto la máscara, por primera vez desde su compra.

No estoy siguiendo el itinerario planeado, pero no puedo esperar más, tanto desencuentro me hace dudar de cualquier resolutive previa. De cualquier convicción anterior a mi reencuentro con Laura.

Mis categorías ya no son las mismas, tampoco mi experiencia.

Laura ha trastocado todo con su vuelta.

Felicia insiste en que pasemos la noche en ese estacionamiento, ahí, junto a su Ka. Al principio me puse la máscara para combatir el frío. Al mirarme en el espejo, me recordé a mí mismo de siete, ocho años, vistiendo una versión de plástico rígido del mismo antifaz que ahora es de cuero y va sobre la máscara de licra. Me detengo en las pupilas.

Y sin más, vuelvo, volvemos al camino.

* * *

Súbitamente, de la nada, recuerdo mi visita temprana al consultorio de una bruja.

Dos días de temperatura alta hicieron a mi abuela llevarme con una mujer que leía los frijoles. Así, sin más; al borde de la ciudad, en una casa humilde, de bajareque y adobe. Todo en penumbras. No recuerdo el procedimiento exacto. Sólo los rezos, los signos de la cruz sobre mi cabeza; el paso de la mano anciana sobre mi cuerpo y luego la palma distendiéndose, mostrándome el puñado de frijoles saltando, ordenándose hasta formar algo que la anciana ya era capaz de leer. “Trae espanto. Necesitamos recoger su sombra. Va a tener que traerlo dos veces más y llevarlo con el padre a que le rece”.

* * *

Me pregunto si Einstein viajaba. Existe, por lo que sé, una foto de él en bicicleta. Muy famosa.

Existe el testimonio de sus cambios de residencia.

Más allá de eso, todo es gris, incierto.

De mi ídolo, de mi campeón en descubrir los secretos de Dios, conozco casi tanto como de la vida real de Laura.

Si ahondo más, la cosa se pone terrible.

Creo que ni siquiera me conozco a mí mismo. Quizá por eso he empezado a escribir estas notas, estos apuntes sueltos. Este caos que sólo refleja el que llevo adentro.

* * *

Supongo que, al principio, dormir en el auto sólo era un detalle menor; una insignificancia a la que apenas daba importancia, apabullado por el peso de los otros eventos.

Ahora, cada vez con mayor asiduidad, la incomodidad se va volviendo el mundo; una sutil tortura en la que es difícil mantenerse. Sin cambiar de opinión, sin abandonar tus principios, sin abandonarla a ella.

Y es que sería tan fácil. Tantas veces, antes de cruzar la frontera, tuve el impulso de dejarla ahí, en cuclillas, y volver al auto, dar media vuelta y pensar, seguir pensando en ella, a tres metros bajo tierra. En ella y su funeral. Así, sin más.

* * *

El claxon me saca de alguna torcida senda del pensamiento. Volteo a mi izquierda y un joven, en un Tsuru rojo óxido me muestra los pulgares levantados. Su cara sonríe con una naturalidad impresionante. Medio rostro está cubierto por un lunar café que las luces altas de un Mitsubishi me permiten observar a detalle.

Hostiga a su máquina y yo hago lo mismo, pero ya no lo miro. En el asiento de atrás Felicia se remueve, su cara cubierta por un pasamontañas, apenas se asoma entre el recién adquirido sleeping bag. “No te atrevas”, dice.

Nuestras llantas rechinan a la par. El Tsuru se sigue recto, yo doblo a la derecha y confirmo cómo Felicia abraza a una Laura encapuchada, antes de que las cobijas las vuelvan a cubrir.

El frío de la noche me hace desear una máscara más abrigadora. Me vuelvo a repetir que estoy cumpliendo mi último capricho.

Me miro una vez más al espejo y compruebo que no soy el personaje de tv, que soy yo, otra vez, renacido a través de ese personaje.

Ni siquiera quiero pensar en una máscara más fiel al modelo original. Ésta es suficiente. Más que suficiente...

* * *

Desde la mochila de alpinismo me llega el triple compás de corazones en ollas de barro.

He de confesar que cuando subí a esta falsa pipa, mi miedo era al resto de los mojados.

Ahora es a ese triple latido.

Hombres y mujeres se han replegado al extremo más lejano de esta aparente cisterna de gasolina. Me miran con ojos desmesurados cuando nos detenemos y todo queda en silencio, excepto mi mochila.

No puedo evitar pensar en Poe, en emparedamientos y corazones delatores.

Los segundos se hacen minutos. Muchos. Al fin arrancamos.

El silencio incómodo dura un par de minutos más, luego troca a algarabía de festejo.

Y permanece en ese tono, hasta nuestro descenso.

* * *

No sé cuánto tiempo puede estar un cuerpo en genuino estado de emergencia. A veces sucede que las alarmas se vuelven una música de fondo, ruido blanco sin más significado.

Al menos eso es lo que creo, lo que logro deducir del estado en que me encuentro, del estado que consigo percibir de mí mismo.

* * *

Debí comprar la mochila en las últimas horas de la tarde. Apilé todo. Prolijamente. Cada fragmento de nuestras nuevas vidas compartidas.

Bajo el asiento copiloto, para mi mayor sorpresa, descubrí el diario de Laura. Perdí preciados minutos en contemplarlo, luego lo guardé en la bolsa frontal.

Desde entonces no he dejado de preguntarme hasta qué punto Felicia fue partícipe de todo esto.

Mi respuesta es una gran interrogante que crea ecos en todas las gamas de mi existencia visible.

* * *

En numerosas ocasiones me he preguntado si este nulo despertar de Laura a la conciencia, no tendrá que ver con mi apresurada rabia en destruir el muñeco de paliacate rojo que tanto soñara. En su caso, no encontré ningún jarrón plagado de dibujos y cubierto con una piel cruda de cerdo.

No encontré nada como eso.

Y, a veces, cuando me siento más saturado de conflictos, pego mi oído derecho a su plexo y escucho ahí la voz de su músculo cardíaco, cercana, sí, y amorfa, y extraña.

En ocasiones me duermo ahí mismo y sólo despierto cuando el frío de la madrugada arrecia.

La mayoría de las veces bastan las cosquillas de mis lágrimas para exasperarme y sacarme de la autoconmiseración, de la misma zona geográfica en que vuelve mi inconsciente intento de, sin mayores justificaciones, de una vez por todas, claudicar.

* * *

Tomo café a sorbos diminutos y sigo maravillado por la sorpresa de dormir en una cama.

El hotel es de paso, de pésima calidad y, sin embargo, agacho la cabeza, la mirada. Por eso distingo primero sus botas. Luego escucho la caída de los pasaportes.

“Cuentas claras”, dice y yo extendiendo los billetes. Él revisa cada uno, busca hologramas, pruebas de originalidad. Yo los sellos, actualizados, de una garita perdida en la nada.

“A menos que hagas algo grande, nadie va a molestarse en llamar a esa aduana. ¿Algo más en que te pueda ayudar?”

Le suelto, le hablo del Cadillac 60 y él propone uno de principios de los ochenta. En esos momentos, no hago otra cosa que aceptar.

La negación ha quedado atrás. Todo lo que me lleve hacia adelante, todo lo que me mantenga a flote, es bienvenido...

* * *

Más que comics, recuerdo otras anécdotas del vudú en esas extrañas fotonovelas a que mi tío solía ser aficionado. Fotografías en blanco y negro, mujeres robustas, muy parecidas a las divas del cine de ficheras, en historias de amor de barrio urbano, trágico, triangular.

En una versión así leí por primera vez “El signo amarillo” de Chambers.

Y esa es una de las historias que más recuerdo. De mis favoritas. Creo que ni siquiera daban crédito al creador original. Eso, como mucho en mi vida, vendría a descubrirlo después.

Lo patético es lo otro, descubrirme en una de las fotonovelas más intrascendentes. Más burdas que puedas imaginar. Sobre todo si aplicamos la censura del medio, si no...

* * *

El hotel. Ella recién bañada. Bañada por mí, en esa tina vapuleada, pero blanca, pero tina. Y llena de jabón. Llena de ella, pero sin ella.

Luego la cama. Ella, recostada, rendida. Desnuda.

Y yo, con todo ahí, al borde. Todo, hasta mi voz.

Nadie podría, debería culparme. Le conté nuestra odisea, desde su entierro hasta su salida de la cisterna, hasta llegar allí a esa cama, del otro lado de la frontera. Como si jamás le hubiera contado nada. Como si fuera Blanca Nieves y acabara de sacarla de su catatonía de manzanas envenenadas.

Y no importó la dulzura, no importó su piel, ya más tibia; la barrera siguió ahí, entre nuestras pieles, aún en el sueño.

* * *

Recuerdo aquel atardecer, con la ciudad, con la gran capital, alejándose en el retrovisor, perdiéndose de a poco en el horizonte, justo como el sol, a la par que el sol.

El recuerdo me viene ahora en su forma puramente estética, sin resabio alguno de sentimiento.

Libre y disfrutable.

Le dije adiós, sin saber de forma clara exactamente por qué. Ahora que puedo confesarme cosas, tiendo a creer que mi paranoia, más que a una muerte por magia, se decantaba en una muerte por balacera policiaca.

Aunque ya no pueda negar la magia, en aquel instante la ley y las sirenas conformaban el grueso de mi universo agresivo, inminente.

* * *

No consigo imaginarme la vida de un *clochard*, de un vagabundo. Todos estos días de campamentos al lado del auto, de sleepings y madrugadas heladas han sido soportables gracias a su condición de hipotética temporalidad; al supuesto de que este evento tendrá un fin que me devolverá a mi vida normal.

Definitivamente no podría concebir mi devenir de esta forma, en este eterno peregrinar, en esta conducta nómada. Cualquier deseo idealizado de vivir como un indio piel roja, sin territorio fijo, con todas sus pertenencias bajo el pecho, han desaparecido.

Ni siquiera Laura es solaz para eso. No más. Ya no. No en estos momentos.

* * *

Ahora que lo pienso, no hubo coincidencia alguna que pudiera orientar al brujo de las fritangas sobre mi actuar. Ninguna de tipo mediático, quiero decir.

La noticia alcanzó revuelo nacional hacia el tercer día. Sólo entonces la prensa sería dedicó líneas a la hija secuestrada y desaparecida del ex presidente municipal, ya dada por muerta desde hacía más de tres meses y recién descubierta en el solar de una colonia perdida.

Las investigaciones pasaban de ser una rutina judicial, a una demanda justiciera de un servidor público

retirado que aún conservaba su indiscutible poder. De ser una mera curiosidad morbosa, a un caso de incalculables ramificaciones.

Felicia, de hecho, lo ocultó durante un día, antes de ceder a su propia impotencia.

* * *

Siempre me incliné más por la novela problema; no por el hardboiled ni el thriller. Lo erudito, el poder deductivo es lo que siempre me atrajo de los entretenimientos policiacos.

Ya en varios momentos he tratado de plasmar la ruta que me llevó al objetivo de mi venganza. Sin éxito.

Ese es el problema de la vida, frente a lo ficticio. Mi caso problema acabó. Y ahora estoy en una extraña e incierta asechanza persecutoria. En plena huída y con un botín incómodo... En un thriller con todos los enemigos insospechados. Anónimos.

Policías y brujos. Y lo que se acumule en las próximas horas. Quizá...

* * *

El diario de Laura debió ser el último que intentara. He perseguido una entrada en que hable de nosotros, de su enamoramiento por mí... a vuelo de pájaro, he de conceder...

En otras palabras, no he tenido ni el tiempo ni la presencia de ánimo para explorar sus hojas de manera detallada.

Hago búsquedas por objetivo y abandono a la brevedad esa lectura.

Abrir ese cuaderno, para mí, es como empezar la caminata a través de un campo minado. Así, sin más.

* * *

Unir piezas, pistas, en el ámbito de la ciencia ficción y lo fantástico, ha constituido un dolor de cabeza, una invitación abierta a romper las reglas del juego. La crítica, al menos, suele encontrar muchas maneras de desvirtuar a los detectives de lo insólito o de los de crímenes del futuro.

He de insistir en que jamás tuve la intención de hacer de esto una historia detectivesca. Todo se vino así, de golpe, como una avalancha, un derrumbe.

Siempre me ha molestado escribir ensayos, tener que justificar cada una de las intuiciones que me guían en lo que en ese momento sea mi camino.

Si hubiera tenido que armar esto como un caso para la policía, habría fracasado.

Sin Laura al final de todo aquello, recluida en esa cisterna modificada, creo que a estas alturas estaría muriéndome de la duda, de puro maldito remordimiento. Quizá hasta entregándome a las autoridades. Quizá...

* * *

Laredo va quedando atrás. Me guío por el mapa que dejara Felicia en su propio celular.

El Cadi guinda se sacude, suelta gases en explosiones intermitentes. Empiezo a dudar de mi compra. Recuerdo el *Psycho* de Hitchcock. Luego reconsidero: un coche moribundo es siempre un buen pretexto para el cambio.

Calculo el máximo de vida posible y no tengo demasiadas opciones para elegir una ciudad. Esta vez trataré de apegarme al itinerario.

* * *

Antes de cruzar, el miedo a ser detenido consiguió aplacar este ánimo que ahora resurge con toda su potencia y me ronda las ideas, las conmueve, tortura hasta llevarlas al inevitable instante en que vuelvo a desear un regreso en el tiempo. Un simple conformarme con mirarla desaparecer bajo tierra. Así, sin más. Sin culpas extraordinarias.

 Mi pena no ha disminuido. No en verdad, se ha transformado.

 La pena es una energía negativa que no se crea ni se destruye, únicamente se transforma.

 Mi pena se llama Laura y al principio tenía forma de incertidumbre. Y es esa, precisamente, la textura que no ha variado, la única en un extenso recuento, que le permanece fiel. Todo lo demás no es idéntico. En lo absoluto.

 Otra vez, hace menos de media hora, quise dejarla abandonada, en cuclillas, al borde de la carretera.

 Imaginé su errancia posterior, su muerte entre neumáticos. Y supe que tampoco entonces sentiría descanso.

 Laura es mi incertidumbre. Con sus besos, sus caricias, Laura era Laura; hoy, sólo es su fantasma...

* * *

Ahora que vengo a pensarlo, justo ahora, en el recorrido de esta amplia y monótona carretera sin término, quizá por simple contraste, justo ahora, se me ocurre que quizá haya visto a Dios.

 Llevaba una chamarra amarillo azulada, en diseños estilizados para crear apariencia de esbeltez. Abajo había

más de una prenda. Mucho más. Todos los trapos estaban percutidos como su cabello entrecano, su barba plagada de nudos y su cara con costras de mugre.

Dios *clochard*, sentado en una roca, a un costado de la entrada de una vieja hacienda, con la mano extendida y un extraño objeto en ella, algo como un pequeño control remoto...

Supongo que aún manejaba Felicia, de otra forma no habría sido capaz de captar tantos detalles...

Pienso en él. En su cara y su mirada perdida. En el gesto de pedir limosna con aquel control remoto en la mano...

Pienso hasta que mis oídos empiezan a silbar y entonces opto por la música para ahogarlo todo, absolutamente todo, incluso mis actuales sentimientos.

* * *

La dulzura. Algo que sigue ahí, pese a las esencias, las enseñanzas de macho alfa, las incontables e irrisorias condicionantes que, supuestamente, te hacen abominar todo aquello.

¿Qué sería del amor sin la dulzura, sin ese toque extremo de suavidad que se le da a la voz, sin esa melosidad, esa cursilería toda?

¿Qué sería del amor sin esa fragilidad?

Pienso en mis amigos dramaturgos, en todos quienes cedieron a sus fantasmas culturales, psicológicos o simplemente genéticos... Pienso en ellos, mucho, en estos días de desierto, de múltiples desiertos que se arraciman, se aglomeran para llevarme, conducirme a la nada...

Por las noches me acuesto junto a Laura y empiezo a contarle qué hicimos, como si ella hubiera estado en otra sala cinematográfica, como si nada, excepto ese momento de frío y

clandestinidad, quedara fijo, como si no hubiera otro instante, gracias al trabajo, a las rutinas que nos mantienen separados en esa ficción de vida en pareja que no hemos tenido, que ya no tenemos... y quizá no tengamos nunca más...

Y le hablo y hablo. Y es como escuchar las diatribas amorosas de mis amigos homosexuales, cachondeo, celos, gruñidos o salvajismo sexual. Nada más...

Y sí, ese tan temido momento ha llegado. Apenas un desvío de la costumbre. Un Seven Eleven, el six, los Lucky, otra vez los Lucky Strike como si volver a la vieja marca pudiera cambiarlo todo... Un par de cervezas en el momento más vulnerable para dejarme, dejarla beber...

Y luego, lo tan temido, lo tan deseado, lo tan insoslayable...

Cuando uno rompe, cuando te abandonan, la peor tortura consiste en quedarte junto a quien amas, junto a quien no sabes si ya odias, si sigues deseando o sólo, inevitable, terriblemente, añoras por lo perdido, lo extraviado en una esquina del camino.

Nada, ninguna barrera, ninguna moralidad, puede contra eso que palpita, se estrella contra el muro de tu integridad, desde el deseo mismo y con deseo mismo...

* * *

En los diarios de prestigio la nota era un breve apartado en la sección policiaca, cada día, pero pequeño y en un rincón.

De la hija del presidente municipal no salían novedades en esos diarios. Fueron los otros, los en línea, los amarillistas, quienes empezaron a revisar las biografías y a integrar el archivo para hacer una fotonovela. Fotos de pequeñas, de colegialas. Y extrañamente, fotos de él, con ellas, en la etapa preparatoria.

Al principio, aquello no hacía sino conducirme al enojo, a repetir en mi mente la escena de su cráneo al reventar. Sólo al principio.

* * *

En algún momento viajé con Laura, su madre y su esposo. Sus movimientos tan calculados, su postura tan erguida. Por más que busco acordarme, no logro recuperar su nombre.

Lo imagino contador. Lo visualizo licenciado comercial. Todo me hace creer en un abogado de divorcios difíciles con altas tasas porcentuales. No sé. En verdad no recuerdo otra cosa más significativa que aquella tarde estacionados en ese puente de la carretera del sol, en el mirador mismo. “Así quisiera la vida de mi hija, como este puente. Yo no soy nadie para juzgarlo, joven. Si la madre de mi esposa hubiera dicho lo que creía de mí y nuestro futuro, de seguro me hubiera pegado un tiro. Sólo le digo cómo quiero su vida. La quiero como este puente, no al borde del río, no de troncos. Lo quiero como éste”.

Si mi padre me hubiera dicho la mitad que él, quizá mi historia sería muy diferente. Si él no hubiera dicho nada, igual estaría yo aquí, con su hija, tratando de construir un puente de más de cincuenta metros de altura y mampostería prefabricada de altos vuelos, tan sólo con su fantasma.

* * *

Lo guinda de este Cadi es el mayor problema.

Una gran ventaja he descubierto: con las ventanas cerradas, en un ambiente más controlado, Laura parece empezar a reaccionar. O bien es eso o se trata del simple

alejamiento de la fuente misma del problema. La fuente mágica, quiero decir...

* * *

Un tío político me lo decía: “si empiezas a leer terror, a meterte en esos temas, pronto hay una hipersensibilización, pronto cada mínimo ruido, cada cosa que antes considerabas parte de la naturaleza, se vuelve un signo de lo sobrenatural, hasta que pronto vives asustado, hundido en el terror”.

Si Laura no estuviera aquí, estaría ahogado en miedo. Ahora sólo convivo con él. No es un elemento ominoso, ajeno. Es simple parte de la atmósfera diaria.

Nuestra vida ya carece de ilusiones, de garantías. Todo es un vivir al día, hora a hora, minuto a minuto...

Y es extenuante. Y no puedo sino compararlo con mis días de tedio, con mis ansias de esta tensión de vida... Y el promedio no es claro.

El promedio es una cifra muerta, muerta antes que nosotros.

* * *

“Se va y se corre con la vieja del pozole. Corre y se va. Hecho el tiro, nadie más”, grita el gritón.

Nuestros cartones están ahí, azules y blancos, sobre todo, multicolores en realidad, de nueve figuras que vamos señalando con nuestros frijoles, negros, duros, secos.

Se me pasa el tiempo perdiéndome en los ojos, las pupilas negras de Laura, hasta que ella me habla, me vuelve a hablar.

“Grita”, me dice. “Lotería”, completo a voz en cuello y luego me doy cuenta que sólo tengo una casilla marcada con un frijol bayo que señala a un hombre con camisa blanca a medio abrochar y una larga hoja de acero en la diestra.

“Puro valiente y nada de tranchete, a mí se me hace que a este cuatito, se lo lleva el Coloradito”, grita el gritón y un par de sombreroños con camisa y calzón de manta me agarran de los brazos y me arrastran fuera de la mesa de lotería.

Busco con insistencia a Laura y ella me sonrío con dientes de frijoles negros y relucientes.

“Puliendo el paso por toda la calle real: la dama”, grita el gritón y ella eleva una estampa que se le vuelve estandarte, bandera que ondea a toda asta y me hace despertar. Afuera lo que abanica es la flor de lis de una insignia boy scout.

“Is the dame okay?”, pregunta el director de tropa. Y aún tardo en reaccionar, en ubicar dónde estamos.

“She is, indeed. But she has an old disease. A memory problem...” Sigo describiendo su enfermedad, sin atinarle al nombre. She has a zombie spell, insiste mi memoria en hacerme decir, pero me contengo y suelto lo primero que me viene a la mente: “Our problem is the car”. Y sé, sin ningún asomo de duda, que he activado una estrategia nueva para conseguir otro Cadi...

* * *

Todo lo perdido, todo lo extraviado tiende a causarnos una especial desazón, una carga de culpa. Retorcida...

Ahora, cada noche, sobre todo cuando el insomnio arrecia, cuando tengo la tentación de tomar alguno de los ansiolíticos que empezáramos a dar a Laura, no puedo evitar pensar en Felicia. En mí y en Felicia. En nuestro primer beso

de dientes que entrechocaban; en ese primer encuentro, ya en el Cadi, con Laura a un asiento de distancia y yo... con esas embestidas de venganza... con todo aquello que esperaba funcionara como balde de agua fría, como despertar definitivo de esta pesadilla que se obstina en continuar, en seguir y seguir, interminable...

* * *

En la fotonovela del enmascarado justiciero lo primero que llamaba la atención, o que al menos a mí me intrigaba, era su estadía fuera de la historia humana. Del ring parecía obtener toda la retribución anímica. Lo demás era su desempeño en la salvaguarda del mundo. Siempre comedido, siempre pendiente de la damisela en problemas, siempre, también, al margen de ella.

* * *

En varios momentos busqué los posibles orígenes del ritual de las arracadas y hasta la fecha no he descubierto alguna cultura o ceremonia religiosa que promueva algo similar. Incluso, revisando las recopilaciones de Felicia sobre la cultura haitiana y sus raíces africanas, he sido incapaz de rastrear la mística de su simple manera de enlazarnos.

* * *

Cada vez que pienso en la palabra altruismo se me vuelve más ácido, más ingobernable el estómago. Es como una suerte de cinismo extremo, como una especie de irónica respuesta anatómica, una sintomatología del escepticismo.

Caminar con aquella tropa de scouts, recibir sus miradas llenas de curiosidad, escuchar sus cuchicheos en ese inglés de articulaciones pastosas, apresuradas, tampoco hizo lo mejor por cambiar mis apreciaciones.

Todo me es ajeno. A Laura aún más. Es como si cada uno viviera en una isla y fingiera interés sólo para establecer intercambios convenientes. Transacciones. No somos más que seres acostumbrados a las transacciones. Estábamos recibiendo ayuda, pero todo era un trueque.

No es que al final nos pidieran cooperación. Era la cara de complacencia de quienes nos llevaron hasta aquel lote de autos usados. Era el discurso que de seguro estaban fraguando. Historias de heroísmo desinteresado.

* * *

Hay otra foto inusual de Einstein que a cada rato se me viene a la mente: él, con una guitarra eléctrica. Pienso en Yahoo Serious, en aquella película ochentera y en el torcido homenaje posmoderno al señor de la relatividad.

Todo es relativo, me recuerdo. Hoy el buen Albert es una leyenda que apabulla; en casi cualquier tipo de motores de búsqueda encuentras, a la primera de cambios, algo de lo mucho que él dijo. O de lo mucho que se le atribuye.

Hay una en particular que he pegado al tablero y de vez en cuando releo y trato de creerme por entero. “Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad”.

* * *

El vendedor se ríe en mi cara. Me ofrece una bicoca por mi Cadi guinda, habla y habla, tratando de convencerme de la poca rentabilidad y el trato de alto riesgo que representa esa avenencia. Advierte que todo lo hará sólo porque se lo pidiera el scout y plantea un costo exagerado por un Cadi gris oxford del 97. Uno bastante vapuleado.

Abre el cofre y empiezo a creerle. En estos momentos lo que más cuenta es la máquina misma.

* * *

Cuando Felicia llevó los diarios lo hizo no sólo por el nombre de la segunda chica. De hecho había subrayado con amarillo el párrafo donde se aseguraba que las investigaciones preliminares señalaban al menos rastros y pertenencias de otras tres chicas y una pista sólida de la cual, la agencia prefería no hablar para evitar posibles obstrucciones a la justicia.

Hacia el final del artículo, se mencionaba al dueño de la casa con su cisterna del placer y en un recuadro mínimo, una foto con él, más joven y con barba.

Tuve que leer tres veces el renglón antes de poder convencerme de que no había error posible. El hombre sin cara, o con la cara de todos, el aficionado al futbol, llevaba mi mismo nombre de pila.

* * *

No he podido dejar de pensar en aquel juego de lotería, en Laura y sus dientes de frijol, en esa marcada estratagema. Algo más ha hecho mi mente y hay una suerte de interpolación entre esos conceptos oníricos y aquel cuento de Borges

y una distinta lotería; de Babilonia, para ser precisos o, en su defecto, apocalípticos.

Pensar que Silverberg se inspiró en ese trabajo de Borges para hacer su cuento del hombre invisible. E invisible es como precisamente quisiera sentirme en estos momentos, en todo este desasosiego, en toda esta pausa angustiante que me comprime y sacude.

Recuerdo las cartas que iba sacando el gritón. Recuerdo al Coloradito, la figura del diablito, su cara de catrín, su cola larga de dragón, su cuerpo rojo. Y a todo ello se superpone la carta 15 del tarot, según esa versión de Durero, esa de donde saliera Basilia, la muerte pensativa.

* * *

El volante vibra, se sacude mínimamente en esta carretera hacia Victoria. El nombre es una de esas cosas que puedes tomar como una promesa o como un simple y sutil gesto irónico del destino.

Mantengo los vidrios arriba y en la radio suena una estación country que repentinamente me hiciera recordar al padre de Laura. Recuerdo difuminado, ruido de fondo, rumor mientras esperábamos en la sala, mientras nos mirábamos a los ojos y jugábamos a ser aventurados, a retar represalias y regaños.

Hoy no sé qué es lo que más extraño.

Sin lugar a dudas, sé lo que más me espanta.

Son tus ojos, Laura. Tu cara inexpresiva, de músculos relajados, tus párpados pálidos, en exceso blancos. Y esa obstinación tuya por subir la mirada, ocultarme tus iris, tus pupilas. Y dejarme aquí, en la ceguera de tu amor fantasma...

* * *

Me recuerdo dando tumbos, luchando contra los nudos de ese paliacate. Y rabiando mientras lo hacía. Caer de rodillas frente a tu tumba. Casi desfallecer. De alcohol. De sangre. De tanta sangre. Y volver a pelear con el muñeco hechizo. Irlo destripando. Irte redescubriendo en ese desnudamiento que te liberaba, me liberaba a mí... En apariencia... En meras apariencias.

* * *

Todo me lleva a la magia. La magia es mi actual Roma. Queriendo fugarme, mi mente buscó el recuerdo de los comics, sólo para descubrir aquella nariz bulbosa, llena de excrecencias; aquellos ojos ladinos y el peinado rebelde de un brujo de poca monta y grandes hechizos. Un brujo cuyas historias no recuerdo, cuya figura sigue produciéndome esa intranquilidad. Ese escozor generalizado en la piel. Brujo en colores primarios cuyo nombre arrancaba con la misma letra con que inicia el abecedario.

* * *

Paradoja. No hay otra palabra. Cuando estaba aquí Felicia, podía echar a ella las culpas, diagnosticar un mal manejo de la información, una mala administración de fuentes. Un pésimo café internet.

Hoy sé que no fue así. Hoy que reviso a cada momento su celular inteligente...

Hace mucho no me veía obligado a aprender a marchas forzadas. Y ahora debo avanzar, a la par, en dos materias

distintas, opuestas. Debo, es un eufemismo, como muchos otros. Quizá tendría que afirmarlo de manera distinta: para tratar de no perderme en los laberínticos meandros de la magia vudú, exploro en los igualmente torcidos senderos de la física cuántica. En la biografía de Einstein, encuentro el adecuado padrinazgo, la justificante última para esta loca mixtura de conceptos que voy armándome para la supervivencia. Para seguir aquí.

* * *

¿Qué es la vida estable, la vida normal? Algo que deseamos. Un ideal, nada más. Y cada que empiezas a perseguirlo, sucede que reevalúas. Sucede que recalibras tus métodos de medición e, invariablemente, te descubres perdedor.

* * *

Con el sol casi oculto, ya en dos ocasiones, me he detenido sobre el cofre de este Cadi a hojear tu diario, Laura.

Hace mucho que no te dejo suelta mientras vas al baño. Hace apenas dos días que la cadena para pasear perros y los dos minicandados me dan la suficiente tranquilidad para hojear tu diario, tus trazos.

Pero no estoy ahí. De hecho, desde que esto iniciara, he aprendido ese extraño truco de no estar en ninguna parte. Mi mente siempre a tu lado y la culpabilidad crece mientras te imagino, te miro en mi mente como al viejo Buendía: amarrado al árbol. Luchando con él, recorriendo ese infinito pasillo lleno de puertas y, mientras hojeo tus páginas, te ruego que justo como él, entres en una y te vayas... te pierdas como él...

Inmediatamente, entonces, la culpa crece. Y te busco en tus letras. Y me busco, sin encontrarnos. De atrás para adelante hay fotos pegadas, hay mínimas anotaciones. Son de Felicia. Miro esas impresiones en chorro de tinta. Miro el sobrecito tipo Moleskine y por primera vez lo abro.

Sonrío. No puedo hacer más: junto a la American Express está una hojita cuadriculada con los passwords de todas tus tarjetas de crédito. Entonces, justo entonces, te escucho gritar.

Corro hasta el árbol y ahí estás, en plena lucha con la cadena, sin lentes. Y me miras... Y es como estar en un desierto... Ya sin tormentas...

* * *

Latente, descarriado o espectacular, pero al fin y al cabo, aparece; se hace presente cuando más distraído estás, en la más ínfima actividad.

Una patrulla, una noticia estrepitosa, mal pronunciada por un locutor radiofónico entusiasta; un rabo de sueño, un rabo de deseo...

En todo allí, palpitante... ese ingrediente secreto...

* * *

Las noches siempre han sido tu tiempo; tal parece que es la única parte inmóvil, de esta relativa relación, que nos mantiene unidos.

Cuando tus padres vigilaban atentos, era de noche. Cuando acudíamos a los bares y nos reuníamos con Joaquín, con Silvia, también era de noche.

De noche nos quedábamos solos mientras Felicia iba en búsqueda de información, de más ansiolíticos para

contrarrestar los arrebatos que empezaron a surgirte cuando te dimos epazote, ajos, sal. Cuando tuvimos que retirarlos para evitar altercados.

Ahora añoro esa presencia, esa ayuda extra que suponía la estadía de Felicia. Ahora, otra vez, te tengo todas las noches y mientras avanzamos y los aromas a hierbas, a veladoras, empiezan a reverberarme, a volverme en sueños, desearía haber experimentado más. No ceder al miedo de ser capturados, al miedo de esa persecución vaticinada por el anciano de las fritangas. Creo que sin sus palabras de advertencia, me habría apegado a las noticias de internet. Hubiera ceñido mis prospectivas a las premisas que evidenciaban los periódicos.

* * *

Innegable es la sensación de complacencia que me proporcionan las mínimas batallas ganadas. No sé si lo experimentaría igual sin la máscara. La idea no es nueva y hasta en comic ha sido manejada: hay quienes tenemos una especie de gen superhéroe. No es altruismo. No, no lo creo. Es precisamente esa recompensa extrema, adrenalínica, que recibes cuando “salvas” a alguien, al día, un partido de beisbol o lo que sea.

Supongo que eso es lo único que me permite entender la labor de los rescatistas, la altanería de los médicos.

Lo mío no cae en ninguna de las dos categorías. Esto empezó por incomprensión, por dolor; por una rabia que tenía que alcanzar la venganza.

Y la venganza llegó y aún puedo recordar, como si lo tuviera filmado, el momento en que los cañones reventaron su cráneo.

Pero nada ha cambiado. Mi mundo sigue roto... Aún con su sangre en mis manos, aún con Laura aquí, viva... Y sin embargo, también fantasma.

* * *

“Las leyes de la naturaleza son las mismas para todos los sistemas independientemente de su estado de movimiento” es una de las premisas iniciales de la Teoría General de la Relatividad, de Einstein, por supuesto, lo que plantea una cuestión simple: ¿la magia es una condición de la naturaleza que mantiene oculta la comunidad científica para evitar problemas? ¿O son aplicaciones de ciencias no canónicas a empresas poco éticas?

Si antes aseguraba que de Einstein nada sabía, ahora lo reafirmo y me veo en la necesidad de empezar a abarcar otros ámbitos, otras fronteras que antes aparecían ante mí, nulas, indistinguibles.

* * *

De pronto me da por platicarte, por llevarte serenata desde el volante para combatir la monotonía de este motor puesto en *autodrive*, sintonizado a estos caminos sin curvas y pendientes que lentamente se empiezan a llenar con el tufo asfixiante, aún lejano, pero asfixiante en su esencia vaporosa, a agua estancada; a los pantanos de Misisipi, de Luisiana; aromas a la secreta corrupción del mundo... aromas que me recuerdan a la magia misma y levantan los vellos de mi nuca, las paranoias todas...

* * *

Me recuerdo acudiendo con la estopa llena de alcohol, atendiendo cada mínimo espacio donde pusiera mis manos y limpiando y limpiando, mientras Felicia sacaba, una por una, a las compañeras de Laura de la cisterna y las sentaba en el desvencijado sofá de patio, donde no paraba de imaginarme al aficionado del futbol, despatarrado, complacido, sin parar de beber caguamas.

Al final, Felicia no sólo sacó a Laura. Tuvo que arrastrarme, sentarme en el asiento copiloto y llevarme lejos de allí. Lo más lejos que permitía nuestra ciudad, su casa, la mía misma.

* * *

Pocas cosas tan etéreas, tan insulsas, pueden resultar tan extremas como esta especial espada de Damocles. Como este pendular de un arma, una guadaña que presientes en el cenit de las tinieblas. Y no ves, no escuchas...

* * *

Faltaba poco para llegar al crucero de San Luis Potosí. El lugar se definió por sí mismo: la senda polvosa, extraña, hundiéndose entre cactus, como si éstos construyeran una cerca.

Acampamos sin planes. Sin otra idea que continuar, que sobrellevar esa lucha con Laura. Felicia había conseguido no sólo la receta, sino hasta un certificado médico sobre su condición. Había comprado cosas nuevas en la farmacia. Demasiadas.

Culpo a los preservativos femeninos de todo. Entonces, en ese justo instante, el deseo, la furia, se hizo nudo, se explotó

en un intento múltiple que dejó clara de una vez por todas su postura y la mía. La efectividad del ansiolítico, de las mismas gotas para dormir.

“Le estarías haciendo lo que él”, me reclamó, desnuda, mientras arrojaba a la fogata todos los profilácticos.

“Como quieras”, le dije. Al otro día se bajó en pleno crucero.

* * *

Bien, lo que se dice bien, tampoco recuerdo los argumentos de aquella historieta de la bruja gorda, rubia, de nariz bulbosa y con una catarata en el ojo izquierdo. Sé que, empleada por usuarios de barrio, su pócima más habitual tenía que ver con los amarres amorosos. Recuerdo sus cazos enormes, sus granos.

Tampoco creo que de ahí pudiera extraer grandes cosas.

Es sólo que como decía ese tío político, que en la actualidad ya no tiene ningún vínculo legal con mi persona, este sumergirme en este mundo de sombras, brujos y justicia, me ha hecho especialmente sensible a todo su devenir.

* * *

El escándalo no fue corto. Siguió y siguió. Más allá de lo esperado. Las compañeras de Laura fueron reconocidas, fue vinculada la casa, mencionado el nombre del futbolista. Pero no su cadáver. Ni en los diarios más sensacionalistas aparecieron las fotos de su rostro, de ese desastre de hueso, sangre y masa encefálica que adornara el altar de aquella bruja.

Por primera vez me pregunto por Basilia, por todos aquellos adminículos que atrás dejé, sobre la tumba de Laura.

Sobre ese vacío, ese sustituto de piedras en esa tumba a ras del suelo...

Me aferro a ti, te cubro de nueva cuenta los ojos con el antifaz relajante. Al principio creí elegirlo para sanarte, hoy sé que sólo es la fiel reproducción de esos lentes enormes, tipo japonesa, que te dejo puestos todo el día, para no ceder a la tentación de mirarte, de extraviarme en ti, Laura, y sólo huir...

* * *

La letra con sangre entra... No sé cómo los dichos populares consignarían el aprendizaje de la ciencia. Quizá era demasiado para ellos, para su zona, su horizonte de experiencias.

Y no lo digo con la soberbia propia del médico, con la suficiencia del sacerdote, lo digo, lo escribo, desde el otro extremo, desde quien se reconoce ignorante, desde quien persiste en la infame tarea de querer saber.

Mi mente es como la internet. La magia, igual. Sólo en el ámbito de las ciencias exactas todo es cuantificable y discernible.

Entre más busco, más me parece que todo se reduce al rumor, del rumor, del rumor...

* * *

Atrás queda Beaumont y conforme más nos acercamos, más crece el aroma a lodo podrido, a salinidad marchita, a plantas corruptas, a caimanes abriendo el hocico.

Como si todos esos aromas fueran parte de mi experiencia... Como si algo, aquí, en este despojo de existencia, tuviera alguna lógica.

Lo peor, en ese sentido, es que la encuentro, la descubro a cada paso en esta especial metamorfosis que vengo sufriendo.

Nada menos que en Westside probé la última vianda de lo incognoscible. El local coincidió con el alto, con el estacionamiento techado, de dos pisos; situado justo enfrente. La encadené y bajé a consulta.

Quiso hacerse la muy americana, hasta que mi deficiente inglés la obligó a interrogarme en español.

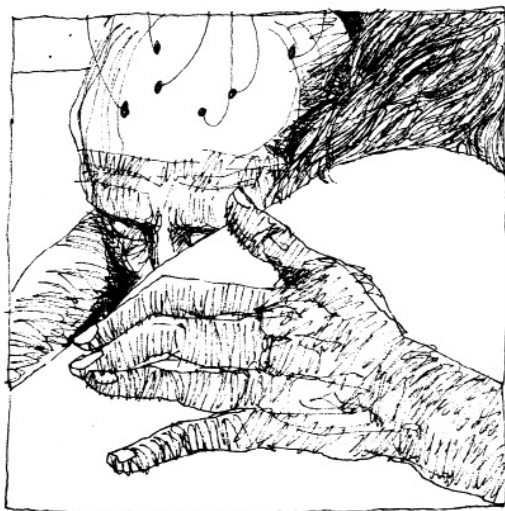
Sus cartas fueron rápidas. La primera le dijo todo y la quitó de mi mirada demasiado pronto: “Un miembro de la familia será un gran peso para ti y querrás librarte de él o ella”. Arrastró la carta hasta su manga y lanzó una segunda. Usaba la versión Marsella y el Diablo apareció, patas de cabra, amantes a un lado:

“Los familiares arrojarán su carga emocional sobre ti, endureciendo tus propias ideas y necesidades. Cuidado”, dijo y tiró la tercera carta. La Justicia sin venda. “Un miembro de la familia experimentará problemas de pareja que quizá lo conduzcan a la separación o al divorcio”, concluyó y empezó a barajar de nueva cuenta el mazo.

Le pregunté qué significaba todo aquello. Su respuesta fue simple: “Que estoy vieja y cansada. Que no me debes un centavo”.

Aún me entretuve en la entrada, frente al auto, frente a ella, allí, en el Cadi, Laura destrozaba los asientos, con uñas y dientes, hasta que toqué repetidamente en la ventana.

CUADERNILLO 3



¶ LA TOCO, RECORRO SU PIEL CON DEDOS TEMBLOROSOS de ansia, de emoción; de un cúmulo de cosas que ya no sé nombrar.

No está su olor. No está la tersura de su piel.

Las mismas curvas no se ajustan a las que mis palmas recuerdan.

De Laura subsiste mucho más de lo que pensaba. También mucho menos.

En su piel hay filigranas de ceniza que se extienden como patrones fractales y van repitiendo símbolos que hablan de otros estados del ser.

A veces mis yemas son capaces de vislumbrar esos íconos ciegos, mientras recorro su cuerpo en zozobra, afiebrado, le busco la mirada y trato de reconocer su respirar.

Quiero imaginarla dormida y, por lo regular, lo único que consigo es tomar su lugar en el sueño. Perderme ahí donde, lentamente, también va dejando de ser ella.

¶ CON LOS PESOS PESADOS OCURREN COSAS EXTRAORDINARIAS.

Extravagantes. No hay memoria fiel o mínimo hay cientos de *fieles memorias* que lo contradicen todo o que entregan una versión única de lo que sucediera, como un eco generado desde una misma fuente. Distorsión ambiental...

Hay consenso sobre el momento en que Einstein hablara de los dados, en un debate filosófico con o contra Niels Bohr; la respuesta de este último es la que queda en entredicho:

“Deja de decirle a Dios cómo debe construir el universo”.

* * *

Sobre esa bruja de catarata izquierda, de blanco y ciego ojo, no recuerdo muchas historias. Hubo dos versiones filmicas, pero ninguna de ellas consiguió atraer mi atención más de unos cuantos minutos.

Ese es el problema del cine en la TV, pronto se vuelve ruido de fondo, paisaje cambiante.

Hoy en día, la mejor manera de mirar TV es en un medio digital. Puede ser la tablet, una PC o el simple celular.

* * *

Aprieto el acelerador. Las últimas horas, de los últimos días han sido suplicio y condena, programa regresivo hacia, en torno a la nada. En la mejor de las perspectivas, un sacerdote

o sacerdotisa se ocupará de los casos, con retribución monetaria. Quisiera que todo siga estático en las tarjetas. Que nada faltara; quisiera, pero conozco demasiado bien este curso, esta ruta de avance.

* * *

Su abuela me enseñó a fabricar pequeñas muñecas, en la sola tarde en que la conociera, la saludara, pasara las horas en lento desgaje, con ella. Paciente, me enseñó cada uno de sus trucos; sólo al final lo dijo: “me alegra tanto conocerte, hijo. Podías ser la cumbre de los papanatas, pero te quedaste aquí. Y me escuchaste...”.

* * *

Mi falso tío, ese de vínculo político, ese, al que podría llamar Tío Terror, sólo por la cercanía, la compartida afición, siempre me habló de la maravilla de la tv en Norteamérica. Su fascinación por este país llegaba al punto de recordar los anuncios comerciales y, cada que la abstinencia se hacía larga, buscaba recopilatorios en YouTube.

Originalmente su fanatismo quedó solucionado por la tv satelital. Cuando entró el cable, él fue el primero en protestar. Desde que existe ese canal dedicado al terror, lo veo más conforme, menos angustiado por todo aquello que en apariencia lo aleja de la modernidad.

* * *

Con Joaquín el juego se llamaba rudeza. Ahora lo recuerdo, justo ahora.

Y es tan doloroso constatar la ineptitud a tu alrededor. Es falso su opuesto. Uno no se alegra de la fragilidad ajena. Le pesa. Le marca. Le asfixia. Y tanto. Tanto...

* * *

La vida como un viaje eterno es parte de un ideal romántico, algo a quienes muy pocos opondrían resistencia o armarían la negativa de contraataque.

En todos los casos el enemigo número uno es el extenuamiento de los recursos. El agotamiento generalizado.

No hay optimismo total. Menos frente a un bolsillo vacío sin contratos de futuro llenado.

* * *

El problema de investigar en internet se vuelve tan realista como investigar en la vida misma: hay tantas versiones, tan semejantes, expuestas por personas tan disímiles que tiendes a creer que ese reiterativo encuentro se hace más y más confiable, cuando en realidad ocurre exactamente su opuesto.

* * *

Los trolebuses, los arcos; esa ciudad mutante que se sigue pareciendo a sí misma en el momento de esplendor... y no... y nada. Excepto los restos de esa a la que impactara Katrina.

Dicen las viejas voces que fue una limpia, un reseteo a cero de la compleja aritmética de la muerte. Dicen. Yo nada sé.

* * *

Fue en un alto de la megalópolis que acepté la oferta de una vendedora ambulante. Cuando mucho tendría quince años y ofrecía tres libretas por diez pesos.

Bastó que la abriera para enamorarme de sus rayas. Para saber que ellas serían el perfecto diario.

Ahora, tras tantos días de uso, lo que más aborrezco es la fragilidad de su encuadernamiento. La tendencia a la separación y el deshojamiento.

* * *

El barón Samedi posee las llaves del reino de los muertos. Dicen que espera en los cruces de caminos y que nadie viaja al otro lado sin su consentimiento. Ahí también espera Legba, a veces vestido como un anciano con muleta o un bastón y es quien concede permiso para hablar con los espíritus.

Vuelvo a pensar en Katrina. En ese huracán con su nombre. En las tumbas de concreto sobre el suelo. Y no me queda sino temer, temer la genuina acción, la mano de alguno de los dos, detrás de todo devenir en esa afrancesada ciudad.

* * *

Carne. Arriba, abajo. Sólo carne. Un bulto, una nada. Como un costal de oro. Nada. Alteridad... A menos que te sepas joya, te sepas amado. O simplemente te lo creas.

Y yo me la creí, desde la estúpida cerca de la genuina nada.

Creí la falsa realidad de los batracios. De *Wall Street*. De cada puta religión.

Creí es una palabra aguda, en verdad peligrosa, en verdad extensa. Yo hice menos. Muchísimo menos.

* * *

Yo mismo me he acostumbrado, o mejor dicho, me había acostumbrado a ciertas dosis de terror en la tv. La especial adrenalina del acecho, sobre todo en el ámbito de la pantalla; allí es algo de fácil, simple desconexión.

Incluso, las partidas de videojuegos terroríficos no consiguen jamás superar el ámbito del juego mismo. Si sales de ese ambiente virtual, sales del terror.

Eso no pasa con la literatura.

Los comics son otra cosa. Si consiguen ser artísticos, lo sugerente, lo apenas entrevisto, casi siempre consigue quedársete ahí, incrustado, incubando, creciendo, hasta que te percatas y empiezas la ardua y difícil tarea de limpiarlo todo.

* * *

Antes de ceder del todo a la conciencia de lo mágico, probamos aquello que parecía antídoto de alguna efectividad.

Recurrimos a los estudios sobre el polvo zombificante. Supimos de la tetrodotoxina que se obtiene de los sapos negros o del pez globo; de la trompeta y la berenjena del diablo, plantas, arbustos anuales de los que se extrae el resto de los probables ingredientes para su oscura fábrica. Ingeniería inversa de un polvo cuya existencia muchos niegan, cuyo mínimo estatus es improbable. Sustancias de efectos contrarrestantes posibles:

el diazepam, la atropina. Felicia acudió a cada farmacia de similares, a cada clínica clandestina de abortos que aparecía evidente en los foros abiertos, extremos de la internet. De ahí extrajimos recetas y certificados. Todo antes de la frontera. Todo para frenar aquello que aún sigue acelerando. Que aún no para. No quiere parar...

* * *

Felicia se desnudaba a la menor provocación. Esa era la leyenda en la facultad. Esa fue la realidad cuando nos confrontamos, frente a frente, ojo a ojo, a menos de cien metros de la esquina oficial. Del momento.

* * *

Hubo un tiempo en que yo mismo reaccionaba como Tío Terror. O similar, al menos. Era esa ansia de respuesta. Esa búsqueda insatisfecha de que en las películas de culto, en las películas más recomendadas, encontraría un oscuro secreto que pondría en paz, al fin, esta angustia; este sinsentido del existir.

* * *

La baraja es un medio adivinatorio según todas las referencias. La americana, la española, derivan todas del tarot. Que exista la baraja mexicana de la lotería a nadie debiera sorprender. Las equivalencias serían un tanto bizarras: mago a gallo; sacerdotisa a diablito; emperatriz a dama; emperador a catrín; sumo sacerdote a paraguas; los amantes a la sirena; el carruaje a la escalera; la rueda de la fortuna al árbol; el ahorcado al valiente; la muerte al

gorrito; la templanza a la muerte; la torre a la bandera; el mundo a la mano; por mencionar los más intrigantes.

Y me leo, me releen la mano y el mundo convulsiona y todo orden es otro, alterno, altérico, sin premisa de jerarquías u opciones. Tergiversación básica del péndulo del universo.

* * *

Entre las fotos guardadas en el compartimiento tipo Moleskine estaba aún una tamaño infantil de ella con el ex futbolista de barba, de cuando mucho dieciséis años. En el reverso podía leerse: “Siempre mía, como yo, tuyo”. Estaba también su firma y las manchas del tiempo. La superficie ajada por las continuas revisiones.

De inmediato imaginé el resto del mensaje. En fotos posteriores. En fotos y más fotos.

Estuve a punto de romperla. Luego lo pensé mejor. La guardé, imaginando mi destino, cierto museo del corazón del barrio francés. Le saqué una foto con el cel. Y programé enviarla una semana más tarde a quien fuera mi suegra. A su mail.

* * *

La carretera es amplia, sin más baches, sin obstáculo alguno. El aroma salino, el aroma de miasma empieza a dominarlo todo. Hay la asfixia vaporosa de la humedad tropical. Hay la absurda persistencia de este miedo, de esta gran desconfianza, con ella, otra vez más cerca, con ella, a punto de la pérdida.

* * *

Quizá ese es uno de los primeros milagritos que le colgamos al amor: esa noción de que una pareja te dará, le dará al fin, sentido a tu vida.

Todos los grandes relatos de boda y predestinación; todos esos esquemas y frases popularizadas que dictaminan el encuentro con la felicidad eterna una vez que se han superado los obstáculos para el encuentro y la entrega; todo eso, no es más que una gran frase publicitaria que llena de falsas esperanzas ese vacío que empezamos a percibir desde que somos niños. Desde el momento mismo en que se acaban los vértigos de una tarde de juegos y te sabes condenado a volver a sufrir la rutina de la asfixia, del ahogo diario.

Lo bueno de ser niño es que puedes repetir una y otra vez un mismo juego, una misma serie y gozarla.

Ahora, incluso ahí, puedo ver ese extraño germen del cuestionador insatisfecho. Si uno mira desde chico tantas veces algo que adora es porque, en realidad, quisiera encontrar la secreta fórmula de la felicidad. Rescatar esa joya, ese concentrado de algo. Y tenerlo ahí, pegado a ti. Juntito, ahí, para no dejar de ser feliz.

* * *

En diferentes momentos, en crisis nerviosas. En esos instantes en que la cercanía lejana me arrojaba a sus brazos, a ciegos arrebatos, volvía a sentir los hematomas, los extraños objetos bajo su piel, incluso la cicatriz tensa de grandes costuras que antes jamás tuviera. Y en lugar de alejarme, de negarlo a base de correr, me apretaba más a ella. A Laura.

* * *

Y la equivalencia vibra, replica, resuena en mi ser. Si los amantes equivalen a la sirena, todo, en conclusión, todo queda arreglado. O, al menos, ordenado.

Ulises hubo de atarse al mástil y sus marinos taparse los oídos con cera para no ceder al canto de ellas, de las sirenas; para poder volver a la vida sin Eros. Para sólo ser sin sucumbir. La baraja de la lotería no cuenta desde cero. Tampoco el tarot. Cero o 22 pueden ser la misma. El loco o la bota. La desmesurada caminata cuenta la misma historia.

* * *

Baton Rouge y es como si empezara a despedirme de ti, como si ya nada quedara para abolir el silencio y sustituir los significantes activos, los hechos mismos, pues.

Miro su pelo castaño claro, oscuro por la humedad. La miro a ella y la sé ahí. Aquí. Inconmensurable. Ella. Sólo ella. Laura. De trance zombi, de sempiterno deseo. La comparo, trato de confundirla, con Felicia, con Silvia, con quien se pueda. Hasta que ya no se puede más, hasta que todo se agosta, se estrecha hasta el fin.

Y el canto sirénico vuelve a nivel feromónico, a nivel emergente. Y no hay marinos, no hay mástil que valga. No hay cóncavas naves, ni cera alguna entre nuestras comunicaciones. Están las pieles que vibran, están mis dedos contra tus filigranas tatuadas, apenas cicatrizadas, contra tus manchas violáceas de otros amores que busco acabar, redimir, exonerar, exorcizar, mientras te embisto, mientras busco entrar en ti a través de cada secreto de piel, a través de cada rasgo amatorio. Y termino, y me vengo, nos vengamos desde mi piel y mi carne, hasta tu piel y la mía, sobre la de ese ajeno ser que hace mucho se convirtiera en

sanguinolenta, pútrida masa batida con calibre 12. Batida y hostigada. Degenerada a la nada.

Y me vuelco, y me duermo sobre ti, sobre tu anatomía sojuzgada, tu ser encadenado. Tu ser esclava, sin serlo.

No soy como él. Soy peor. Soy mejor... Sólo soy y lloro contra tu cuerpo desnudo. Y te poseo. Y me rompo. Me extasío. Me agoto en tu piel que no me mira, que no me siente. En tu piel apenas tibia. Tu piel de muerto viviente.

* * *

La prepa, la universidad. Dos lados de una misma moneda. Nada más cercano. Todo tan cercano. Relatividad pura en devenir. No conozco las opiniones de Einstein sobre este particular estado del ser. No conozco nada que no sea este ser mediatizado, confinado a reproducir ciertas metodologías que las universidades aseguran de éxito.

En última instancia, si a esas vamos, me apego a Magnus, de nombre Alberto, cuando aseguraba: “Todo hombre, por el mismo hecho racional de ser creado, debe por la razón, colegir que el que le hizo es Dios”.

A mí me resta un pequeño problema: ¿Qué dios?

Esta vida es como el reflejo del reflejo, copia de espejos.

* * *

Comparecemos ante el tribunal. Las demandas evolucionan, se gestan y mutan, se retuercen hasta entregarnos esta mierda, esta absoluta vasca de vida.

* * *

La maldita felicidad siempre es el grial de búsqueda, el tesoro que todos quieren alcanzar.

Mientras releía, la pasada tarde, el resumen sobre la religión vudú y el proceso de zombificación, descubrí una explicación racional a todo ese conjunto tan extremo.

La explicación versaba sobre el infierno de la vida de los esclavos y las pocas o nulas opciones de existencia que poseen. Cambiar su alma, hacer tratos con los loas, resultaba menos terrible que la vida misma. Ganar algo en el presente, era todo a lo que podían aspirar...

* * *

Sueño. Cada vez hay sueños más terribles que huelen a humus de cementerio, a vieja osamenta, a crúores añejos y a tripas reventadas, en la descomposición que clama el triunfo del gusano vencedor.

No retrocedo. No aúllo, aferro más a Laura y espero gastar los pocos kilómetros que restan antes de que lo demás, lo último en mi ser estalle.

* * *

Los zombis poligónicos son ahora una de las grandes modas. Matar zombis en el espacio, en la isla, en las ciudades. Zombis producto de ingeniería genética, zombis de laboratorio, zombis de religiones extraterrestres. Zombis, zombis y más zombis.

¿Por qué será que nos hemos aficionado tanto a esa imagen, a ese extremo de semi existencia?

No será que, en el fondo, todos sabemos que somos ya zombis, huecos, hambrientos, en búsqueda ciega de algo

que nos satisfaga, aunque, como los fílmicos y los de los videojuegos, ya deberíamos haber aprendido que no hay cuerpo ni hallazgo que dure más allá de unos minutos, que dure más allá del bocado.

* * *

“Esta honda convicción intuitiva de la existencia de una fuerza de pensamiento más elevada que se manifiesta en el universo inescrutable representa el contenido de mi idea de Dios” dijo Einstein, deshumanizando, desantropomorfizando el conglomerado entero de lo que convulsiona y se arracima, y se decanta sobre nosotros. Ese juicio sumario. Esa mano de Dios... o de dios...

* * *

Mientras exploraba los viejos barrios en busca del hombre sin cara, en busca de mi tocayo, mi doppelgänger maldito, en repetidas ocasiones se acercaron a mí, distribuidores de droga.

Mi cara, mis modales, todo era una clara invitación a ellos.

Hubo un solo vendedor que me hiciera dudar. Un solo instante, en que titubeé. Heroína. De la mejor. Recordé a Scott Weiland, a Charlie Parker... Sólo hoy reflexiono sobre lo cerca que estuve de ceder. De comprar e iniciar mi imparable órbita de descenso y naufragio.

Si lo hubiera hecho, como tantos otros, habría capturado un rabo de felicidad. Diecisiete segundos de arrebató y nirvana. Quizá más. Elevarse para caer.

Pero me negué. Y estoy aquí, a medio continente de distancia. Con la imagen de mi felicidad, desmayada,

durmiendo en el asiento de atrás. Sin ser ella. Reducida a su caricatura, a su imagen superviviente, mancillada.

* * *

“Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia”, eso dice la tercera ley de Clarke y una parte, la más racional de mí mismo, insiste en darle una oportunidad a esa idea de Sir Arthur.

Pienso en Haití, en Nueva Orleans y la porción civilizada de mí mismo tiende a eliminar toda posibilidad. Pienso en ella y toda frontera me luce artificial. Está aquí, tan al alcance de mí...

* * *

Tus ojos. Todo empieza con tus ojos que me sonríen, con tu mueca pícara cuando me descubres mirándote. Todo empieza en nuestras pupilas. Una alquimia, una alta tensión que convulsiona la atmósfera y por primera vez impide que los demás se entrometan.

Tampoco voy a hacerme el monje, a ignorar el recuerdo de tu trasero en bamboleo escaleras arriba. El recuerdo de tu silueta lejana mientras agitabas el cabello.

Tampoco lo negaré, pero tus ojos lo fueron todo. Nuestros ojos, reaccionando, generando vibraciones.

“Qué tanto me ves”, dijiste. Sonreí y hablé de tu cara traviesa, sensual. Creo que no paré de hablar. Por vez primera.

* * *

Bienvenidas de cartel, bienvenidas paranoides que me crispan la piel, la erizan. En todas mis incursiones, en realidad aumentada a través de la internet; lo único claro sigue siendo el Museo Histórico del Vudú, su emplazamiento entre Bourbon Street y Royal Street.

Variantes a ese destino puede haber múltiples. Pero en esta opción sólo queda ésta, la mía.

Si los fraudes se reproducen en el mundo de lo racional, en el mundo de lo mágico no puedo esperar una menor incidencia. Por eso, para eso me he preparado.

* * *

La imagen me llega de golpe: la lluvia, el viento frío, el hielo colgando de cada centímetro de mi abrigo de falsa piel, de peluche en el borde de la gorra, como si en verdad fuera ropa para el Ártico. Tengo los goggles casi tapados por la escarcha y el tubo de oxígeno, nada alimenta. Me ahogo, me asfixio. Y despierto a la realidad de tu cuerpo desnudo. De tu boca en la mía. Por un momento quiero aplicar la operación del olvido, del adjudicar todo aquello a una quimera onírica de largo aliento. Pero nada. Sigues allí. Y yo no puedo contenerme más. Me hundo, me fundo en ti.

* * *

En algún momento, hace ya años, apenas iniciada la carrera, me soñé argumentista de ese comic sobre la bruja de blanco ojo catarático.

Cualquiera con una embarrada de psicoanálisis sabe que lo más importante en esos casos es el sentimiento,

los sentimientos que la escena te provoque; sea cual sea ésta. Se espere lo que se espere de ella, en la cultura popular.

Y yo era feliz. Y la emoción me llenaba cuando veía los ejemplares recién salidos de prensa y ya distribuidos en los puestos de cada esquina. Era un buen sueño de realización. Pero no tan bueno...

Y ahora tengo esto. Sólo esto. Este camino, esta senda rota. Y con ella.

* * *

“A menos que se nos diga cuál es el cuerpo de referencia a que se refiere, la declaración de tiempo no tiene sentido”, aseguró Einstein. Así en este viaje. Así con ella. Laura deriva en un tiempo paralelo, inexistente. Sus segundos son eras, son milésimas de segundo. Y en su relativa dispersión no sé más quién, qué soy yo.

* * *

Aun con realidad aumentada, para mí, una ciudad es sólo un cúmulo de bloques de concreto, una abstracción protectora construida por humanos con miedo.

Estaciono en el cercano emplazamiento público y la conduzco hasta taquilla y entrada.

Dos días atrás cedí a todas las extremas metodologías de remedio. La alimenté, la sobredosifiqué con carne, carne seca y salada, con cacahuates y todo aquello que prometía posibles resultados.

Casi a la salida del museo, me abordó la mujer. Su inglés era malo, pero la otra opción era un francés para mí inentendible.

Primero miró a Laura. Le levantó los lentes. Me miró. Preguntó si traía pasta y le enseñé lo primero extraído de la cuenta estudiantil de Laura. Sonrió y nos llevó aparte. A un consultorio diminuto, atestado.

* * *

Recuerdo a Felicia en el retrovisor, perdiéndose, con la cara llena de lágrimas, en el borroso panorama de alejamiento de una carretera que queda atrás, difuminada entre órganos, nopales y nieblas de polvo fino que todo lo escondían.

Recuerdo los senos burdos de Felicia, sus pezones álgidos, pétreos, insensibles, inmutables, pese al esfuerzo.

Recuerdo su sexo casi lampiño, reseco. Y sus piernas irregulares, mientras me apretaba y me pedía no recordar más a Laura.

Recuerdo todo eso. Recuerdo más.

Felicia llorando. Incorporándome a un falso recuerdo, a una falsa escena en pareja: “No debimos abortarlo”, y me llamaba como al ex futbolista, me llamaba por su nombre, que coincidentemente, también es el mío, incontenible; hablaba de sus senos y su leche que lentamente degenerara hasta esa pus que atrofiara, destrozara esa parte que era el orgullo de su ser.

Recuerdo a Felicia, golpeándome, luego, luchando por alcanzar mi miembro con sus labios.

Nos recuerdo rodando, en la tienda de campaña, desnudos, ebrios.

Sería imposible que no golpeáramos a Laura. Que no nos sintiera, sobre ella. Así, desnudos, borrachos, en pleno despliegue lúbrico. En plena cópula desfogada, de asideros perdidos, pero no, absolutamente no, desmemoriada. Al menos no para Felicia ni para mí. De Laura, nada sé decir.

* * *

La inyecto en el brazo izquierdo y no puedo quitarme de la imaginación aquel final de *El reanimador*, el desvanecimiento a negro y la promesa terrible de que el final no sería feliz. Los gruñidos en off. Y la música, los créditos que te arrancan, te arrebatan de la escena.

En muchas ocasiones, una parte de mí quisiera que el final llegara ya. Que esto no siguiera siendo ese cúmulo ciego de esperanzas frustradas.

Este largo huir de la nada. Hacia la nada.

* * *

Sus primeros intentos repitieron la lectura que me hicieran en una ciudad, un estado atrás. La miró, la limpió. Usó huevo, usó ramos de alfalfa y hojas de pirul.

“Dispusiste de ella”, dijo y siguió explorando. “La amaste”. “La liberaste”. Finalizó y parecía a punto de despacharnos. “Abusaste de ella”.

“La quiero de vuelta”, le dije y ella sonrió con sus labios grandes, sus carrillos en exceso rojos. “Ya la liberaste; pero el bokor tardó en sacarla de la tumba. Lo suyo no es remediable. Falta de oxígeno”.

“Bien”, me dije, le dije...

Ella siguió leyendo hasta completarme. “Ese brujo que te mandó aquí, no mentía, debe mantenerse el equilibrio. Has de pagar por lo que hiciste”.

“¿Y él?”, le pregunto mientras la arropo.

“Él había comprado su tiempo. Tú se lo quitaste. Tienes que pagar”.

Le entregué la muñeca vudú que comprara en el lobby del museo, la foto firmada del ex futbolista, ex novio de Laura; ex bokor de la misma. Le entregué el dinero convenido. “De todas formas debes pagar”, completó y agregó: “Puedo hacer que ella le sea invisible. Que alcance término”. Es mío, quise preguntar. Su mirada fue dura, contundente, sin espacio para la duda.

“¿No puedes detenerlo?”, inquirí. “Ni que fuera un demonio, ¿o sí?”

“Ni el más potente hechicero puede matar, si el barón Samedi no ha señalado la tumba de la víctima. Y la tuya fue marcada, aunque es elusiva. Aunque flota y deriva. La de ella sigue intacta, no señalada”.

* * *

Mientras continuamos en esta terrible huída, los veintes, las ideas me van cayendo. Y varias cosas aisladas en mi historia van entrelazándose y cobrando una configuración, un esquema al que antes era del todo ciego, del todo ajeno.

Pienso en mi madre. Ahora pienso en ella. En su sentido de vida. Pienso en mi padre, en su brusca huída a mis diez años. Pienso en mi hermano mayor, en su extremo parecido a nuestro progenitor.

No sé qué sería de mí si no tuviera a mi hermano.

Estaría, como él, condenado a darle vida a mi madre.

Quizá sin él, yo estaría allá y Laura seguiría en la cisterna. Quizá...

* * *

“La amo, cómo la amo”, esa fue la frase de Felicia al día siguiente del sepelio de Laura, la tarde misma en que me llamó para ver sus fotografías; en ninguna de ellas estaba Joaquín; de hecho no estaba nadie que no fuera Laura. En varias ocasiones llegué a pensar en su posible lesbianismo.

De hecho, el momento más trágico, más terrible, fue el de su llamada al cine; ese beso en la penumbra; ese aferrarse a mi debilidad, a mi pérdida, para perdernos en esto.

Y también exagero. Felicia no era mi ideal ni su extremo; promedio de bateo, estadísticas para la nada. Felicia, como la gata negra de Spiderman. Toda la mala suerte para ella. O eso pensaba.

* * *

Recorremos la ciudad en eso que ya no tiene otro nombre que despedida. Turistemos. Mi lectora no fue clara. Podría intentar nuevas consultas, podría, como al principio de todo esto, explorar hasta convencerme. Pero estoy convencido.

No resta nada, sino despedirnos, sino avanzar juntos hasta la línea marcada.

Y comprar y comprar. Eso fue lo único bueno de todo esto.

O casi. Miro a Laura. Ella no me mira, pero respira paciente, casi instalada en la normalidad.

* * *

Si te pones a revisar la iconografía, los símbolos del vudú, puedes llegar a confundirte. La cruz tiene importancia para ellos. Pero no por las mismas razones.

La cruz representa el cruce de caminos, ese lugar por excelencia donde espera el barón Samedi. Por ahí, por los cruceros, pasa el desfile de las almas hacia Guinea, según sus creencias. El camino al reino de la muerte. Ahí también está Legba, el traductor, el intermediario, con su sombrero de paja de ala ancha y sus andrajos.

Desde que he sabido esto, me he preguntado por aquellos dios *clochard* y su control remoto.

Y no recuerdo, en verdad no logro recuperar si aquello era un cruce de caminos. Concibo un arco, la entrada a un viejo camino. No si había una continuidad de asfaltos.

Pienso en lo que dijo el brujo de las fritangas. En la primera lectura previa a alcanzar Nueva Orleans y algo en mí vuelve a temer otro tipo de persecución.

* * *

Felis silvestris catus. Felicia. Gata en toda la definición de la palabra. Así la pensé cuando me la presentaron. Así la percibí días más tarde, cuando ya interactuaba con nosotros. Luego me recriminé, me castigué por lo que suponía una insolente perspectiva de acercamiento... Que los posteriores dictámenes me dieran la razón, no sólo habla de ella, sino de mi misma esencia anticoercitiva, de mi misma obstinación en no caer en los clichés de género, aunque al final, siempre terminé cayendo en ellos.

* * *

A la altura de Maryland se agotan las dos tarjetas de débito de Laura. Queda la American, nuestro sueño apenas contado de Nueva York. Dos más son el resto de las tarjetas.

No hay futuro. Parecido a los originales cultivadores del vudú, mi vida no presenta escapes posibles. La vida es hoy. Aquí y ahora. Con Laura.

Dormimos en el Hilton de Manhattan. Me fundo en ella. La exploro, la poseo, me suelto a llorar. Y vuelvo a ella, como si fuera heroína, una droga de alto octanaje que explota, sin dejar de temer el último encuentro. Mi paga final. Mi retribución por esos dobles cañones, por todo este entuerto.

* * *

Dentro de las acciones desesperadas no puedo olvidar aquella fuga hacia el cementerio, con ella a mi lado, disfrazada de princesa.

Los cementerios de Nueva Orleans son externos, cubos de cemento que no profundizan en la tierra. Cápsulas que no se lleva el tiempo, quizá sólo las aguas.

A la entrada todo era algarabía, una suerte de festejo. Todos disfrazados. Sombreros de alta copa, rostros de calavera y ropas negras. Sombreros de copa alta y rostros de serpientes mientras los turistas bailaban y nosotros iniciábamos el repliegue.

Atrás de la reja quedaban las tumbas. Atrás, en la penumbra de los cirios y las danzas.

Atrás quedaron. Muy atrás.

* * *

Recuerdo dos o tres escenas. Sus viejos novios. La pelea entre Jorge y Elías. Recuerdo a Joaquín cabizbajo. Veo su sonrisa y se parece tanto a la que exhibiera entonces. No sé qué debo hacer.

Laura está en el auto y acabamos de escaparnos a esta fiesta de jardín abierto. Ella se ocupa de incorporarme a la pista donde The Pointer Sisters corean a todo galope: “I’m so excited, and I just can’t hide it, I’m about to lose control and I think I like it”.

Cedo, lo que puedo. Nos desplazamos entre luces estroboscópicas mientras vamos bebiendo ese preparado en exceso dulce. Insiste en cruzar los vasos. En acercárseme a la oreja y dejar de una vez por todas, en claro, lo que quiere de mí.

Todos gritan. Square Rooms suena en los bafles. Quisiera huir. Pienso en Laura, en el sleeping bag. En ese encierro. Y cedo a los brazos de Felicia. También a sus labios. Cedo, y ella sonrío, mostrando sus grandes dientes.

* * *

Pienso en Cthulhu, en Lovecraft, en esa bahía de Rhode Island, en los sapos negros, en zombis y vuelta a Cthulhu; luego en un hipotético atracar del Rainbow Warrior.

Viejo plan de huída. Circulamos por el muelle y ni siquiera estoy seguro de poder reconocer la silueta de ese navío ecologista.

No hay coincidencias. No hay predestinaciones. Hay una voluntad. Hay una búsqueda. O eso quiero creer. Lo otro es tan o más factible que lo anterior. Cthulhu y los zombis. Cthulhu y mi falso huir.

Y no dejaré de hacerlo, aunque lo intuya, lo sienta falso...
Laura sigue, seguirá aquí, a mi lado. Así, sin más.

* * *

Clark postuló su primera ley en un tono en verdad mordaz e irónico: “Cuando un anciano y distinguido científico afirma que algo es posible, es casi seguro que está en lo correcto. Cuando afirma que algo es imposible, muy probablemente esté equivocado”.

* * *

Quizá el mismo descubrimiento precipitó aquella salida loca a la fiesta abierta de parque y sus efectos colaterales.

El miedo era una constante inmanejable en esos días. No había nada a lo que no tuviéramos miedo. Levantar la sábana, cambiarla de ropa, todo constituía una genuina sorpresa.

A eso hay que agregarle el absurdo tacto que asumimos, por protección del otro, cómo nos fuimos ocultando las cosas, Felicia y yo.

La culpa, simple y sencillamente fue de ese burrito de microondas que extrañamente le resultara tan apetitoso a Laura. En medio de sus amplias masticadas, las prótesis se adhirieron, se vinieron abajo.

La dejaron desnudamente mutilada. Sin un solo diente. Con esas placas dentales para ancianos del siglo pasado, arrancadas, exhibiendo sin pudor la extensión de una de sus múltiples mutilaciones.

* * *

Dentro del rubro de las fotonovelas hubo otro raro espécimen que empleaba como héroe fijo a un luchador enmascarado. Un justiciero con la tecnología y las artes luchísticas a su favor.

En verdad quisiera que esta serie de viñetas en que se ha convertido mi vida, al menos alcanzara el brillo de una historia rescatable de aquella fotonovela aspirante a comic de superhéroes.

* * *

La sensación es parecida a poner la última pieza en un rompecabezas. Parecida, no idéntica.

Con la vida, es descubrir una alegría efímera a la que, de inmediato, le sigue una sorpresa. Es como descubrir que sólo has terminado el armado de uno de los múltiples mosaicos que constituyen la existencia.

* * *

Una parte de mí me insta a llamar a casa de mi madre, desde esa caseta telefónica a las afueras del McDonald's.

No dejo de pensar en la noticia de Felicia. En aquel Oxxo, en el supuesto asalto y todo lo que mi educada, exacerbada paranoia me va contando al oído.

Estaciono y le dejo a Laura la cajita feliz con la muñeca mini y la dotación de nuggets a su alcance.

Descuelgo. Escucho instrucciones en inglés. Sigo los diagramas emplazados cerca del monedero. No marco. Sólo miro. Escucho el viejo rumor de la línea, la estática insecta, el tono de ocupado, tras unos minutos.

Laura está peinando a su muñequita rubia. Por primera vez no es la comida lo que la conmueve.

Pienso en Felicia, en su funeral. Pienso en mi madre y en micrófonos, en una patrulla en las afueras de su casa. Quizá en un par de brujos, vestidos de pandilleros,

esperando en la esquina. Mi llegada. Algún pitazo después de mi llamada.

Cuelgo. Y la frustración me hace desear una llamada a alguna estación de radio, a algún programa de videos. Sólo por completar el intento. Sólo por el placer de no dejar a medias un deseo.

Me pongo tras el volante y enciendo la radio. Nada interesante. Pienso en mi pronunciación, en el terrible embrollo que me significaría ponerme a hablar. Y arranco, sin más.

Laura, en el retrovisor, sonrío mientras peina a su pequeña muñeca.

* * *

No se requería de grandes vuelos de imaginación para deducir las razones de la placa. Así, desdentada, así, vulnerable, de hecho, no pudimos ocultar más los descubrimientos, realizados de manera aislada, por Felicia y por mí.

Pero se precisaba más que el estrecho ambiente del Cadi.

Entramos en un motel de contrato por medias horas. Y la bañamos. Mientras Felicia y yo íbamos limpiando su piel, fuimos descubriendo la extensión de sus mutilaciones. Los tatuajes manuales con aguja de canevá y tinta china; los tatuajes tribales a base de ceniza e incrustaciones, técnicas de escoriaciones para lograr los símbolos vudú en rojo, a todo lo largo y ancho del cuerpo.

Fuimos más adentro y yo debí salir, arrojarme a la cama y permanecer inmóvil para apenas poder soportarlo.

Ablación genital, lo hubiera llamado un médico. Para mí era más, mucho más.

* * *

En realidad no hubo intento de arreglo. Estuve a punto de escupirle a la mujer, de arrasar su altar y salir de ahí azotándolo todo.

La mujer me puso una mano en el antebrazo. Me enseñó una tarjeta del tarot. La Mansión de Dios, se leía en francés. “Hay algo más aquí. Algo que tal vez ayude a tu equilibrio”, dijo y la conduje hasta la cajuela del Cadi. Apenas la abrí sus ojos se iluminaron, cambió su estrategia toda.

“Te ayudaré. Hasta el límite, a cambio de los tres Govis”.

Un gesto de mi mano bastó para cerrar el trato.

* * *

Impulsos. No otra cosa. Ninguna otra.

Ese día Laura había amanecido más tranquila. Mirarla así, me hizo desear comprarle la cajita feliz. Creo que nunca antes pensé en darle muñecas, supongo que debido a un extraño temor, correlacionado con el muñeco de paliacate rojo.

Ahora que lo pienso, he evitado el rojo. Y los muñecos. Y, sin embargo, estoy buscando ya una juguetería. Pienso en sus viejos relatos. Y ya imagino una Barbie especial entre sus manos.

* * *

De hecho la estaba en aquel hotel fue por cansancio extremo. Por agotamiento.

Y era más de orden psicológico.

La tendimos en la cama e insistí en desnudarla de nueva cuenta.

No había error posible. Las grandes cicatrices de sutura no eran meras modificaciones estéticas. Atestiguaban la extirpación del clítoris, el cerco de suturas alrededor del ano.

* * *

Cuidado con lo que deseas. Esa es otra frase de la sabiduría popular. Y se me viene a la mente tras pasar de largo una diferente empresa de hamburguesas. Estamos en el reino de la fast food y, ahora, las comidas las hacemos siempre a través de los servicios para autos. Comemos en el Cadi. Descomemos al borde del camino. Aún.

Esto es como todo. Temes al principio. Luego te vas haciendo confiado. Y más confiado.

O casi. Hace mucho que ya no ato a Laura con la cadena paseaperros. Hace mucho que ya no la dejo sola mientras cumple con sus necesidades. Ya hasta ese aroma me es familiar.

Creo que desde que correlacioné al barón Samedi, a Legba, con los cruceros, el miedo a perderla se ha consolidado de otra manera.

Dentro de todo, he descubierto un pequeño secreto, mi sentido de pérdida se redujo casi a cero.

Y nació esta otra angustia. Este ánimo de huída que hoy empieza a encontrar solaz, un asomo de tranquilidad.

* * *

La moda de las road movies alcanzó incluso el ámbito de los comics nacionales. Viajes en motos que acababan mal.

Juventudes extraviadas en la velocidad, el sexo y la droga. Mal dibujados, mal acabados, rindiendo patético homenaje a las películas que recién mirara.

Quizá por eso odio ese género. Quizá por lo mismo aún me rehusó a leer a Kerouac. Quizá.

* * *

Tras haber calculado el tiempo del efecto, arribo por la mañana a la juguetería. Elijo una Barbie modelo, una tiara de plástico y un estuche cosmético para adolescentes.

Lo pido envuelto para regalo. Lo pongo a sus pies y arranco.

Espero su despertar. Hoy lo espero con ánimos, con eso que cada vez se parece más a la esperanza.

* * *

Es en un diario local que pesco al vuelo la noticia. No por sí misma, más bien gracias al escándalo del detective privado ingresando clandestinamente a los registros del Hilton.

Dos días y la tarjeta ya ha conseguido atraer la curiosidad de doña Laura, de Laura grande, quiero decir. Así, sin más.

Es una ventaja que haya extraído el efectivo, pensando en el cambio de Cadi.

* * *

Las venganzas amorosas siguen siendo uno de los más terribles y contundentes móviles. Crímenes pasionales, se les llama, cuando hay muerte violenta.

Todo, con Laura, atestiguaba un nivel más acabado, pero también más bastardo e inhumano.

La comprobación fehaciente de aquella máxima del refrán: del amor al odio, hay un paso.

* * *

La mujer nos dio amuletos, ungüentos para Laura. Dijo que haría que se perdieran los rastros. Le conté de la petición de Laura. Nos deseó lo mejor. Y dijo adiós. Así, sin más.

* * *

La escala en Maine es mínima. Paso a una librería y pido el más nuevo de Stephen King. Sumo un diario regional y el NY Times. Luego vuelvo al Cadi.

No hay un solo rastro del detective, Una sola nota que abunde sobre el escándalo en el Hilton o la misma historia torcida que soltó, violando la confianza de su empleadora misma.

Casi para arrancar, miro una oficina turística y me acerco a pedir un folleto. Mi visión se centra en eso que captara mi inconsciente: algo como una torre derruida, como la carta 16 del tarot. La veo más de cerca, en el pie de foto está algo parecido a una explicación y un nombre: Inuksuk.

* * *

Las muñecas están sentadas a su lado. Ella usa la tiara. Y mira al horizonte. No a mí, al horizonte. Sin hablar. Sus ojos están cambiando de brillo. Y mira. Y sigue la cinta asfáltica. No sé hasta dónde pretenda llegar, o crea que vamos a llegar, pero ya no mira hacia adentro, mira más allá, mucho más allá del cristal.

* * *

“Quien te ama, te hará sufrir”, esa es otra joya del refranero popular que bien podría ser aplicado a aquel caso.

Y tan repugnante me resultó siempre aquella máxima que eso quizá me llevó a exigir más y más. A buscar datos en lo revelado por los diarios y aunque no había manera de aclarar nada. Aquella tarde en que la hija del ex presidente municipal pronunciara la primera palabra, fue el día en que las últimas dudas se disiparon.

Con ninguna otra de las tres mujeres que dejáramos atrás, mi tocayo se había ensañado tanto como con Laura.

* * *

“Quien nunca ha cometido un error, nunca ha probado algo nuevo”, la frase por supuesto, es o se atribuye a Einstein. Y aunque la frase me gusta e incita, no puedo dejar de preguntarme, en esta especial confluencia de circunstancias, de quién es el error.

* * *

De muñecas a muñeco. O viceversa. En el origen hubo uno de paliacate rojo, uno que contenía pequeños fragmentitos de ella. No quisiera saber qué hizo con los que arrancó de Laura. Con su clítoris. Lo imagino ingiriéndolo, pasándoselo como una pastilla. Para hacerla más suya. Más y más.

La liberaste, me dijo la bruja de Nueva Orleans. Luego me enseñó la carta 16, luego habló de grandes guardianes.

Hace mucho que mi único centro es Laura. Y esta idea nace hacia ella. Para ella.

* * *

Aprovecho ahora, cualquier coincidencia para comprar la siguiente muñeca, de trapo, de peluche, tipo Barbie. La que sea. Sus ojos iluminándose serían suficiente material para seguir con este gasto. Pero hay más, mucho más.

Desde ayer viaja a mi lado. Y me mira... Me mira...

* * *

Carne en la carne. Es una frase vudú que designa el coito, no el orgasmo. No esa parte amenazante de algunas mujeres.

Amenazante para otro tipo de hombres, quiero decir.

* * *

Ijiraq, un ser mitológico de los inuit, me remite de manera irremediable a la figura de Legba, a la figura de Odín. El hombre, el pordiosero con saco. Recuerdo al *clochard* con su control remoto. Y algo me dice que vamos por el mejor camino. En la mitología inuit, el Ijiraq roba niños pero si éstos logran convencerlo de su liberación pueden volver, gracias al Inuksuk, faro a casa aun en esas circunstancias.

* * *

Una parte de mí aseguraba que aquello era una locura, la otra, clamaba la urgencia. Entre paranoia, amenaza y la terrible sensación de que todo era pasajero, que en cualquier instante, repentinamente, ella podría volver a su anterior ser, empecé a darle comida más salada.

Y a hundir más el acelerador.

* * *

Llegamos con el atardecer. Mi meta original era alcanzar el monte Odín en la isla de Baffin, que, según cuentan las voces populares, contiene algo así como cien Inuksuk.

Tenía que ser realista. En los dos términos. Caminar en la cuerda floja del optimismo y el derrotismo. Nuevo Brunswick tendría que bastar. Descubrí que tampoco me alcanzaba para eso.

El celular había arrojado lo suficiente: auroras boreales visibles. La montaña Cadillac en Hancock County, en Maine bastaría.

* * *

La tranquilidad no era una característica del pueblo. O no una tangible en estas fechas. Celebraciones múltiples. Algún festival ocupaba el imaginario, el pulso mismo de la población.

Recorrimos la playa, arriba y abajo en el Cadi, cuando estaba a punto de rendirme, justo en el ocaso, alcancé a ver el montículo de piedras con forma de hombre. Y hacia allá nos dirigimos.

Quise no tender la tienda de campaña. No meter el sleeping doble, no poner en marcha la calefacción de baterías recargables.

Cuando terminé de armarlo todo, Laura ya estaba adentro del sleeping, con todas sus muñecas. Con todas y cada una de ellas. Y sin ninguna prenda.

Sus ojos sonreían. También su boca.

* * *

Lo encuentro en la red, entre rebotes y más rebotes. Es una frase de Borges y no sé qué pensar de ella. La transcribo, la pego en el techo de la tienda: "...desconfiaríamos de la inteligencia de un Dios que mantuviera cielos e infiernos. Dios, ha escrito Spinoza, no aborrece a nadie y no quiere a nadie".

Quisiera decir que se equivoca. Casi puedo prever que así es.

* * *

Hacia las cuatro de la madrugada tendí la colchoneta afuera de la tienda, el sleeping matrimonial viejo, e invité a Laura a salir. Yacimos, uno al lado del otro. Nuestras pieles latían distintas.

En el cielo la nata lumínica, aquel manto de colores, empezó a extenderse y a crear configuraciones oníricas, paisajes de LSD.

Laura me apretó la mano. Más fuerte, cada vez más fuerte.

Lloraba. Y no separaba sus ojos de mí. Abrió la boca y sólo flotó el vaho y un congelado gemido que transformó en un beso.

Eran sus labios. Sí. Otra vez sus labios.

Sentí sus cicatrices tribales en mi piel.

Después temblamos bajo ese frío, hasta que en el horizonte empezaron las primeras luces.

Y en nuestra mente, el sueño.

* * *

Me descubro en esa cantina, testigo inerte de los miedos de Laura. Su configuración es onírica y las botellas contienen aceites y pabilos encendidos en lugar de licores.

Laura aparece. Se sienta a mi lado, mientras juego al cubilete. El hombre es más viejo que el brujo de las fritangas, que Einstein, que el mismo Bohr, incluso que el *clochard* que en ese momento ingresa con su control remoto azul. Es más blanco y pulcro que todos los demás, pese a su enorme barba. Agita el receptáculo. Los dados golpean con fuerza, arriba y abajo. Luego se impactan contra la mesa. Son descubiertos. No hay ases, ni reyes, ni reinas. Todas las caras muestran a la muerte. El viejo sonríe. Los otros avientan sus dados y sus figuras son de barajas múltiples, españolas, francesas, catalanas, posmodernas, etarras, y hasta carroleanas. Quiero regresar, recontar lo que acaba de suceder... los perdedores son malos y se incorporan, dan media vuelta, se retiran. Casi todos.

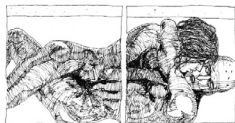
La mujer del tarot emerge de la nada. Tras ella, un hombre sin rostro. Laura se incorpora, como hastiada; semiempuña los dedos, apunta con el índice, *blam, blam* dice y ambos caen, con un agujero en el entrecejo.

Junto los dados. Soplo dentro del vaso negro y agito, antes de arrojarlos. Ruedan en la superficie metálica. Y todas las facetas son diferentes. Pero no alcanzo a distinguir sus íconos. El ceño del viejo basta para saber que gané.

Laura me toma de la mano. Al salir distinguimos la mueca emocionada del anciano, volviendo a sacudir el cubilete.

*Ver en la muerte el sueño, en el ocaso
un triste oro, tal es la poesía
que es inmortal y pobre.*

JORGE LUIS BORGES



El cuerpo del delirio

de Gerardo Horacio Porcayo Villalobos, se terminó
de imprimir en agosto de 2015, en CEDIMSA. La
edición consta de 400 ejemplares.



GERARDO HORACIO PORCAVO. Originario de Cuernavaca, Morelos, es maestro en Letras Iberoamericanas por la Universidad Iberoamericana campus Puebla. Obtuvo los premios: Axón Electrónico Primordial de Ciencia Ficción (Argentina, 1992), Nacional Puebla de Cuento de Ciencia Ficción (México, 1993), Kalpa de Cuento de Ciencia Ficción (México, 1993), Sizigias por antología de varios autores (México, 2002) y mejor novela publicada (México, 2004); asimismo, el primer lugar en el XXIX Concurso Literario Nacional de Cuento y Ensayo Magdalena Mondragón 2013 por la Universidad Autónoma de Coahuila, en la categoría de ensayo.

A la fecha ha publicado seis novelas, dos libros de cuentos y realizado cuatro antologías temáticas sobre géneros alternativos en México.

Actualmente dirige y edita el blogzine La Langosta Se Ha Posteado. Literatura Sin Límites, disponible en: <http://lalangostasehaposteado.blogspot.mx>



ILUSTRACIONES: EDUARDO BERNAL. Maestro en Artes Visuales por la Academia de San Carlos y Diseñador Gráfico por la Universidad Autónoma del Estado de México. Sus áreas de especialidad se centran en temas relacionados con artes y educación superior, recientemente destaca su trabajo vinculado con las artes escénicas. Funge como director de la Casa de Cultura de la Universidad Autónoma del Estado de México en Tlalpan.